

ROMANCE CON EL MEJOR AMIGO DE SU PADRE



La que
PAPÁ
Na sabe

LAURA LAGO



LO QUE PAPÁ NO SABE

Romance con el Mejor Amigo de su Padre



Por Laura Lago

© Laura Lago 2016.

Todos los derechos reservados.

Publicado en España por Laura Lago.

Primera Edición.

Autora N°1 en Erótica y Política (España) en menos de 7 días a la venta.

Dedicado a;

Alba, por ser la mujer más exitosa que conozco.

Mi madre. Sin ella, esto no sería posible.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

VICENTE I

Recuerdo

Los cañones de nuestros fusiles resonaban mientras disparaban con fuerza a los vascos insurgentes que se sublevaban contra la supremacía de nuestro gran comandante. Mis ojos se concentraban únicamente en destruir a quienes se negaban al poder infalible de nuestro jefe supremo.

—Papá, ¿de verdad hace falta que alabes a ese hijo de puta?

—Hija, ¿qué te he dicho de hablar así sobre el comandante?

Como decía, los cañones resonaban porque no dejábamos de disparar a esos desgraciados que se esmeraban en ponerse en nuestra contra. Mis manos sudadas rozaban ligeramente el borde del gatillo y mi fusil apuntando a la cabeza de un etarra soltó una bala que dulcemente atravesó el cráneo de ese gilipollas.

En ese momento de extrema gloria, volteé a mi izquierda para celebrar con Arturo, mi compañero de batalla y noté que no estaba allí, donde lo había visto por última vez. Mis ojos se perdieron de nuevo en el campo; no podía haber extraviado a un hermano de lucha allí.

Atrás noté como un vasco con un rifle apuntaba hacia el suelo con un dejo de una sonrisa dibujándose en su rostro. Era un desgraciado viviendo la gloria. Basta que un miserable saboree un poco la gloria para que se vuelva un maldito.

Como el pobre que recibe una enorme cantidad de dinero y al siguiente minuto, en su ejercicio total de su estupidez va y lo gasta en bebida y en mujeres, mostrándose incapaz de invertir y aprovechar verdaderamente ese dinero.

Observé a qué apuntaba y allí en el suelo estaba Arturo arrastrándose y con su pierna sangrando. Apunté con mi fusil al etarra y no vacilé en disparar.

Un tiro certero atravesó sus sienes y el chorro de sangre manchó las paredes del edificio desde el que el gilipollas apuntaba a mi compañero. Cayó desplomado el vasco hacia el campo, y si no había muerto por mi disparo, seguramente esa caída le habría propiciado la muerte que merecía.

—¿Estás bien, tío? —le pregunté.

—Joder, Hierro... Me han dado un disparo en la pierna. No sé si resista —me dijo.

—¡Tonterías, González! Todavía hay una batalla que librar y eres un hombre. Venga, que hay unos cuantos gilipollas que matar —le grité.

Lo alcé del suelo y lo llevé a un rincón donde estuviera fuera del alcance de las balas enemigas. Es importante que entiendas que en un campo de batalla no es lo común hacerse el héroe y salvar a un compañero así como lo ha hecho tu padre. Arturo me vio a los ojos y soltó de su boca casi llorando un leve “gracias”.

De la nada, oímos un grito en vasco que provenía de uno de los edificios que teníamos al lado. Me asomé por una ventana para revisar qué sucedía e identifiqué al líder de ese comando etarra; era el bastardo al que habíamos estado buscando.

Sin dudarle dos veces, lo apunté y le disparé en el pecho. Envié una señal al resto del batallón y todos rodearon al edificio. Los rebeldes soltaron sus armas y habíamos logrado la victoria.

Los compañeros sabían que Arturo y yo habíamos propiciado este gran triunfo para nuestra facción, así que, tan pronto nos llevaron a la base, nos encontramos con el gran comandante, quien nos condecoró con mucho placer y nos tildó de héroes de la gran España. Dime si eso no es motivo para enorgullecerse de tu gran padre. Héroe de sus hermanos y verdugo de sus enemigos.

—¿Me has prestado atención, Marta?

—Sí —me respondió sin mirarme a los ojos.

—Entonces, ¿por qué sigues enganchada al teléfono y no me miras a los ojos? ¡Soy tu padre, joder!

—Pero sí ya me sé toda la historia, papá. El tío idiota que está que se muere, lo salvas y después el hijo de puta de Franco los felicita por haber matado a un compatriota nada más porque nació en el País Vasco.

—¡Anda a tomar por culo, hija! ¿Por qué me tienes que tratar así?

—Porque ya me sé la historia. Ni siquiera sé para qué me la estás contando otra vez. ¿No ves que estoy ocupada trabajando con el teléfono?

—¿Segura que estás trabajando? ¿Cómo lo sé?

—Pues, mira.

Me mostró el teléfono y apenas pude ver un par de números en la pantalla.

—Joder, no vi nada.

—Igual no vas a entender, viejo.

Respiré con fuerza y tomé de nuevo muchísima paciencia. Después de todo, Marta es mi única hija.

En mi juventud, luego de que el comandante muriera, conocí a Sara, el amor de mi vida. El primer día que la vi, le dije que me casaría con ella... y así fue. Era la mujer más hermosa e inteligente que pudiera haber conocido. Sus ojos eran del color del café y su cabello del mismo tono.

Ella, como Marta, odiaba a Franco, pero había algo más importante que eso. La manera en que me veía, la manera en que me comprendía... Todo eso era muchísimo más importante que la carga política que llevaba sobre mí. Mi uniforme militar era solo un adorno cuando la veía. No era posible que fuese el hombre que mató a los etarras cuando estaba con ella.

El día que tuve que decirle adiós para siempre, fue el día más oscuro de mi vida. Un día que aún hoy recuerdo con dolor, y que podría ser utilizado como prueba, no solo de que los hombres lloramos, sino que los militares somos capaces de soltar un llanto, dejar correr lágrimas... y escribir poesía como esta que les narro.

Pero no hablemos de eso. Marta es lo más bello que alcanzamos Sara y yo juntos, y la amo como amé por años (y sigo amando) a Sara. Marta es una hija ejemplar. Es una estudiante excelente y definitivamente estoy orgulloso de ella.

Se comporta muy bien, no anda follando con tíos a diestra y siniestra, como muchas de las chavalas

de su generación, y además, es muy trabajadora. Desde que cumplió los 16 años ha currado para comprarse todo lo que ha llegado a necesitar sin pedirme un solo centavo, a pesar de que el dinero nunca ha sido un problema para nosotros.

—Hija, escucha... Te cuento esto porque ese amigo, Arturo González, viene en camino para aquí y se quedará en la casa. Llevábamos años sin vernos y por fin será nuestro reencuentro. Nos pondremos al día.

—¿Por qué me interesaría tal cosa, papá?

—Estoy seguro de que él estará encantado en conocerte. Ni siquiera puedo dudarle un poco.

ARTURO I

La llegada

El taxista que me llevaba a casa de Vicente parecía conducir con desgano, como si quisiera que el taxímetro ascendiera a niveles estratosféricos para cobrarme lo que mejor le pareciera. Mi curiosidad por el hecho, me hizo tomar la decisión de realizar algo que no acostumbro a hacer...

—Disculpe —le dije.

—¿Qué ha hecho? —me preguntó.

—Nada, le iba a preguntar algo.

—¿Entonces por qué pide disculpas?

—¡Já! Bueno, es una cortesía. Es como solicitarle permiso para hablar.

—Yo no le estoy privando de ninguna libertad de hablar, por si siente tal cosa.

Noté algo de sarcasmo quizás en el tono de voz del taxista, como si estuviera intentando burlarse de mí, pero simplemente continué.

—No, no... es que, le explico... —dije, pero de inmediato pensé que era estúpido continuar con esa discusión que no nos llevaría a ningún sitio— ¿Podría ir más rápido?

—Podría.

—¿Y por qué no lo hace?

—Porque no debería.

—Estamos en la jodida autopista. No me va a decir que no puede andar rápido en la autopista.

—El coche tiene una pequeña falla y no quiero tener inconvenientes.

—Ah, pero no me vaya a cobrar más por el taxímetro —le advertí—. No es mi culpa que su coche esté liándole la vida.

—No se preocupe, señor. Hay una tarifa fija. Y no nos pasará nada, por si le preocupa mi velocidad. Esta autopista es muy segura.

Ese comentario me dejó perplejo. Hay una vena bastante fuerte en mi cuerpo que se hizo notar con más fuerza, luego de escuchar tal afirmación.

—¿Es usted socialista? —le pregunté.

—¿Cómo dice?

—Le pregunto ¿es usted socialista?

—No —rió el taxista.

—¿Está con el PP?

—Yo estoy con el euro, tío. Las políticas son un follón, así que solo me preocupo de mi curro y el dinero que hago con eso.

—¿Entonces por qué dice que esta autopista es muy segura?

—Porque así me parece, joder. Porque conduzco por aquí todos los días. Es mi opinión.

—Por supuesto, pero no puede opinar eso si no está de acuerdo con las políticas del alcalde.

—Ah, joder, ahora tengo que estar de acuerdo con el alcalde para opinar. Por mí el alcalde se puede ir a tomar por el culo.

—Pues, por mí también.

Hubo un silencio un tanto incómodo por buena parte del viaje, después de esa breve discusión, pero no lo culpo. Creo que yo también sería así de despreocupado si fuese un taxista. Sin embargo, no puedo serlo, y mucho menos después de tantos años en servicio de la nación.

—¿A qué se dedica usted? —me preguntó el taxista.

—Eso no le importa.

—¿Cómo sabe que no me importa?

—Pues, porque no le incumbe.

—Ah, venga, disculpe, señor. ¿Sabe que me puede mentir? Solo estoy buscando conversar con usted. Si es narcotraficante, no tiene por qué decírmelo, pero no sea grosero —me dijo.

—Yo no soy ningún narcotraficante. Que me lleve el infierno el día que me dedique a un negocio tan vil como ese.

—Ah, bueno, al menos sé que narcotraficante no es.

—Soy militar retirado.

—¿Franquista?

—Orgullosamente. Es correcto.

—Ah, bueno. Ya vamos a llegar.

—¿No quería conversar? ¿Por qué cierra la conversación así?

—Porque ya vamos a llegar, joder.

—No, usted no quiere hablar conmigo porque le he dicho que soy franquista.

El silencio se prolongó por unos segundos.

—¿Ve? —le dije.

—Son 40 euros —me dijo.

—Ah, ¿también me va a cobrar más por ser franquista?

Me mostró una hoja de tarifas donde decía que los precios del aeropuerto a esa zona eran

efectivamente de 40 euros, pero a mí me parecía que esa hoja la tenía preparada para los franquistas como yo.

—Tome sus 40 euros, apátrida.

—Claramente no se ha dado cuenta de que hemos estado escuchando a Manolo Escobar todo el viaje. Si no hay nada más español que yo, tío.

Noté que el carro tenía toros, y los colores de la bandera por todos lados, pero evidentemente había algo mal con este tío. Le di los 40 euros y tan pronto llegamos, saqué mi equipaje del coche. El taxista se fue sin siquiera despedirse. Vaya, cómo nos discriminan a los franquistas.

Miré al frente y observé una enorme mansión. Una casa que claramente pertenecía a mi amigo Vicente Hierro. Un enorme portón se abrió para darme paso hacia el caminillo que daba con el pórtico de la grandísima vivienda.

Caminé con soberbia, sintiéndome orgulloso de andar por esa vía y saber que formaba parte del grupo de amigos de un tío tan adinerado.

Al llegar a la puerta, noté unas aldabas hermosas que adornaban la madera blanca de la puerta, las figuras que portaban eran ángeles dorados, pero los ángeles eran mujeres.

Los cuerpos tallados dejaban definidas claramente las curvas que le son naturales a las féminas. Antes de hacerlos sonar, pase mi mano sobre la forma de esos ángeles, y no sabía si sentirme un perverso, un blasfemo o un esnobista... así que terminé sintiéndome las tres cosas.

Atacado por un repentino ataque de moral, simplemente tomé una de las aldabas y la golpeé con la puerta una, dos y tres veces.

—¡Ese debe ser él! —se escuchó a alguien gritar detrás de la puerta. Era la voz de Vicente.

Luego de escuchar como la cerradura se movía de su sitio, las puertas se abrieron lentamente y la figura de un hombre que me resultaba familiar, aunque se veía gastado y anciano, me saludaba con los brazos ampliamente extendidos.

—¡ARTURO!

—¡VICENTE!

Nos dimos un enorme abrazo y ambos nos alegramos muchísimo. Era un reencuentro que ya llevábamos muchos años esperando.

—Joder, Arturo, no has cambiado nada.

—Miénteme mejor, Vicente.

Ambos reímos.

—Pasa, tío, pasa —me dijo.

Una vez cerrada la puerta, noté un enorme salón y pude ver dos grandes escaleras de mármol. Los escalones largos, pero no tan altos, estaban ataviados por una alfombra roja majestuosa, con hilos dorados en los extremos, que cubría todo el salón y al parecer seguía hacia el pasillo del primer piso.

—Sígueme, Arturo. Ven para que te sientes en la sala y te pongas cómodo. —me indicó Vicente con una sonrisa.

Lo seguí por el pasillo que estaba justo debajo del arco formado por las escaleras. Ese mismo arco de madera blanca, como la de la puerta, se replicaba al menos unas diez veces en ese pasillo que tenía más cuadros que el Museo de Arte Contemporáneo de Barcelona. Claramente, estoy exagerando, pero de verdad eran muchísimos los cuadros.

Algunos de la familia de Vicente, otros de grandes líderes... y había uno de una mujer hermosa. Me detuve a ver ese cuadro por un momento. Era una señorita de, si acaso, 20 años con un precioso cabello marrón que bajaba por su espalda sobando su blanquísima piel. Los ojos del mismo color veían a quien observaba el cuadro con una inocencia pícaro... Sí, de esa que es más bien sumisión.

—Arturo —me llamó Vicente.

Volteé hacia él y me veía con una sonrisa, pero con una extrañamente compatible actitud de desaprobación.

—¿Qué haces viendo a mi mujer así?

—¿C-cómo la estoy v-viendo? ¿T-tu m-mujer? —balbuceé nerviosamente.

—Sí —rió Vicente—. Ese es un cuadro que pinté de ella un par de semanas después de que nos conocimos.

—Disculpa, Vicente. Tu mujer era muy hermosa... y supongo que lo sigue siendo.

—Yo no dudo que lo siga siendo... pero lamentablemente ya hace muchos años que dejó de existir de manera física.

—Lo siento mucho.

—No, no lo sientas, Arturo —me dijo con una determinación desgarradora—. Ella murió como se debe morir... luchando.

Miré una vez más al cuadro y vi que la espalda estaba pintada por preciosos lunares. Bajé mi mirada por su piel, como una mano que acaricia, hasta que llegó a mi mente la idea que era una perversión absurda sentirse atraído con tanta fuerza por un cuadro... ¡Qué envidia de los muertos y qué envidia del pintor!

Suspiré.

VICENTE II

Café

Arturo se veía apenado porque le dije que no observara con tal deseo el cuadro de Sara, pero ¿cómo no lo haría? Era el mejor momento de Sara. Debía romper esa incomodidad; Arturo no había venido a sentirse incómodo por un cuadro.

—Vamos, Arturo, que no va a moverse el cuadro. Ya yo lo he visto bastante.

Mi amigo se rió y me siguió a la sala.

—Siéntate allí; buscaré un poco de café. ¿Solo?

—No, cortado.

Por un momento pensé que el momento ameritaba un poco de alcohol. Siempre es bien recibido, para celebrar, un poco de licor cuando se trata de reencuentros. Y más de uno como este.

—O mejor... ¿No quieres carajillo?

—¿Carajillo? Son las 3 de la tarde, Vicente.

—Vale, vale... Cortado.

Fui a la cocina a preparar el café manualmente. Aunque tenga la cafetera en casa, ya me he acostumbrado al proceso tradicional, prácticamente sin colar, sin filtrar, pero pienso que quizás a Arturo no le agrade tener tanto café en polvo dentro de su café.

Usualmente ese procedimiento es el siguiente: hiervo el agua en una cacerola y tan pronto burbujea agresivamente por el ardor del fuego, le echo el café en polvo que me he traído de Venezuela. Dicen que el mejor café del mundo es el colombiano, pero muchos lo dicen porque no han probado el venezolano.

Así sin más nada el café queda puro, divino y negro; como para despertar hasta al más perezoso de los soldados, pero esta vez decidí que como no era para mí, lo prepararía en la cafetera. Si Arturo lo pidió cortado es muy probable que no le guste el proceso que usualmente llevo a cabo.

Una vez listo, serví los dos cafés en unas tazas blancas, que heredé de mi abuela, y a la de Arturo le coloqué la leche para que fuese tal y como lo había solicitado.

Al regresar a la sala con los cafés, noté que Arturo estaba mirando fijamente a la calefacción, buscando algo, quizás no en el aparato, sino en algún rincón de su mente.

—Aquí están los cafés —dije alto para llamar su atención.

—¡Gracias, Vicente! —exclamó.

Me senté en el sofá contrario al que se encontraba él y después de unos tres segundos de silencio pregunté una clásica:

—¿Qué tal el viaje hasta aquí?

—Bastante cómodo —me respondió—. Lo único que no me ha gustado ni un poco ha sido el trato que me dio el taxista que me trajo del aeropuerto.

—¿Por qué? ¿Qué te ha hecho?

—Me cobró más y se negó a conversar conmigo porque soy franquista.

—Joder, pero Arturo, no puedes andar diciendo por ahí que eres franquista, y mucho menos a un jodido taxista.

—¡Es el orgullo, Vicente! ¡El jodido orgullo!

Noté que Arturo lo decía verdaderamente con ese orgullo que ostentaba, pero no me imaginé que lo llevara a todos los ámbitos de su vida. Yo soy franquista a mucha honra, pero comprendo que hay personas a las que le genera molestias siquiera la afirmación de ello.

—¡Martaaaa! —grité.

—¿Marta? —me preguntó Arturo extrañado.

—Mi hija

—Oh, tienes una hija. Creí que vivías solo aquí.

—No, todavía no se ha ido de la casa. Y espero que no se vaya pronto.

—¡Martaaaa! —Volví a gritar.

—¡Voy, joder, papá, ya voy! —pude escucharle decir desde el pasillo de los cuadros.

Tan pronto entró en la sala con un desgano terrible, noté que Marta no tenía ni la menor intención de permanecer allí con nosotros, pero era el momento de que conociera a Arturo, y mientras ella viva en mi casa, vive bajo mis reglas, joder.

—¿Qué quieres? —me preguntó.

Arturo ya se había levantado de su asiento. Estaba preparado para que le presentara a Marta. Parecía estar ilusionado, supongo que debe sentirse como si fuera el tío de Marta. Qué orgullo tener a mi gran amigo en casa.

—Marta, querida hija, conoce a Arturo González. Veterano luchador y gran hermano español. Debe ser como un tío para ti.

Marta vio a Arturo y su semblante cambió. Levantó su mano y la extendió hacia Arturo. Él la saludó y se presentó.

—Arturo González, un placer en conocerte.

—Marta Hierro, pero usted puede llamarme solo Marta.

—No hace falta que me digas “usted” —dijo Arturo y rió.

A Marta pareció no agradaarle el comentario. Volvió a su expresión de desgano y parecía que ya quería retirarse de la sala, pero no podía permitir que eso sucediera. Debía hacer que Arturo le contara a Marta la historia.

—Arturo, ¿por qué no le cuentas a Marta la historia de cuando te salvé la vida?

Tan pronto Arturo escuchó mi pregunta, me vio extrañado y rió.

—Querrás decir cuando yo te salvé la vida.

—¿Cómo dices?

—Escucha, Marta —dijo Arturo—. Yo salvé a tu padre una vez en un enfrentamiento contra unos etarras. El vasco le apuntaba a él mientras estaba desplomado en el piso, pero yo mismo me encargué de dispararle antes de que matara a mi gran amigo, quien de no ser por mí, hubiese sufrido una muerte lamentable.

—Por favor, Arturo —le dije riendo y extrañado por su historia.

—Qué curioso —dijo Marta—. Mi padre me ha contado la misma historia, pero al revés hace un rato.

—¿Y a quién le crees más? —le pregunté.

—A Arturo.

—Claramente, tu padre siempre te dice la--- ¿Qué? ¿A Arturo?

—Sí, papá, tú te lo has inventado todo. Él lo ha contado muy tranquilo. Tú lo has dicho con una pasión que solo se ve en las personas que son sumamente mentirosas.

—Joder, que eres hija de tu madre.

Marta volteó los ojos y suspiró.

—Que tengan buena tarde —dijo y se retiró de la sala.

—¡Marta! ¡Hija! ¡Vuelve aquí! —le gritaba mientras se iba.

Pero de nada sirvió.

—Déjala tranquila, Vicente. Es joven. No tiene razones para querer andar con dos viejos como nosotros.

—Quizás tengas razón, Arturo.

Seguimos conversando por el resto de la tarde. Quería proponerle salir a algún sitio a tomar algo, pero me dijo que estaba muy cansado, así que le mostré la habitación en la que se quedaría, y me retiré a la mía. Si soy del todo sincero, no podría decir más que realmente es un placer para mí tener a mi amigo Arturo González en casa.

MARTAI

Cicerón

Eran las 10 menos cuarto y todavía quedaban dos capítulos por leer del jodido libro de Marco Tulio Cicerón. En la TV pasaban una película pésima en la que un tío igualito a Tom Hanks intentaba enamorar a una mujer, pero ella estaba todo el día ocupada trabajando. Otra estupidez machista que busca que las mujeres renuncien a sus trabajos y a sus sueños por un tío idiota que dice ser el amor de su vida.

Pero admito que era entretenida. Al menos le había prestado suficiente atención como para saber eso. No sé si será que en el fondo de mi frío corazón me gustan esas películas románticas o que realmente Marco Tulio Cicerón es más aburrido que esta porquería.

Bueno, no era que fuese aburrido, era que no tenía el tiempo que me gustaría haber tenido para leer el libro. Siempre me ha tocado dejar las cosas más flipantes para el final porque tengo que hacer los otros trabajos de la universidad que no son tan entretenidos.

Sobre todo porque el horario que tengo hace que cada una de las clases queden ubicadas de una manera perfectamente adecuada para joderme la vida.

Me acosté un segundo a pensar en lo que aún me faltaba por estudiar, calculando la cantidad de páginas que aún quedaban del libro, contrastándolas con los minutos que le quedaban a la noche... y cerré los ojos.

Un minuto después los abrí y no había pasado solo un minuto. Miré al reloj y para mi, no tan grata, sorpresa noté que ya eran las 2 de la madrugada.

Levanté la mirada y la luz de la TV me dejó cegada, pero escuchaba un sonido bastante particular que solo podía ser originado por un tipo de material audiovisual muy específico.

Cuando logré ver lo que estaba en la TV era efectivamente lo que ya mis oídos habían percibido... pero en esta noche fue... ¿cómo decirlo?... ¿un alivio, quizás?

En la pantalla veía como una tía joven, más o menos de mi edad le chupaba la polla a un hombre mayor... mucho mayor. Era un hombre muy atractivo para la edad que aparentaba. Dije que no me gustaban mucho las películas románticas, pero tampoco soy verdaderamente una fanática de la pornografía.

“Fóllame, fóllame toda con tu gran polla”, decía la tía. Era porno doblado al español. Joder. ¿A quién se le ocurre doblar el porno? Supongo que a algún franquista. De cualquier modo, ya era irreversible... Mis bragas estaban mojadas.

Y ese pensamiento en particular, me trajo a la mente al viejo que me presentó mi padre más temprano. Me imaginé chupándole la polla en la sala de la casa mientras mi papá no estuviera, pidiéndole que me follara.

Una cosa llevó a la otra y comencé a frotarme el coño.

Mi mano sentía a través de mis bragas cómo el deseo se había apoderado de mi necesidad de estudiar, de mi mente, de ese momento tan... ah, joder... ¿Por qué tenía estas potentes ganas de buscar

al viejo que ni podía recordar cómo se llamaba en ese momento?

¿Por qué tenía ese fuerte apetito, ese deseo de que abrieran la puerta de mi habitación y fuese él descubriéndome en ese instante de desnudez, de máxima debilidad?

Quería que me agarrara con sus brazos y me abalanzara contra mi cama, que me tomara con mucha energía y me follara con su gran polla. La visualicé como la del tío en la TV, en esa terrible porno doblada que ya me había excitado demasiado como para considerarla basura.

Fui corriendo al baño antes de que mojara todas mis sábanas, o peor, el libro de Marco Tulio Cicerón. Una vez en el baño, me metí en la bañera a terminar lo que ya había comenzado... y no hablo del libro de Cicerón.

Me desvestí y me dejé llevar; dejé que mi mano se moviera sola, sumida en la tentación de aquello que escondía, pero que había surgido apasionadamente en un instante tan inusual... y tan placentero.

Llegué hasta donde pude llegar con mis orgasmos. Jamás me había dejado llevar tanto. Cerré mis ojos y sentí como si mi alma se fuera en ese chorro que salía de mi coño y llenaba las paredes del baño. Gemí con mucha fuerza; diría que grité, y volví a abrir los ojos.

Estaba de nuevo en mi cama. Miré al reloj y eran las 12 de la noche. En la TV pasaban de nuevo Titanic y lo apagué. Mis bragas estaban mojadas, pero nada que ver con lo que ese instante de sueño me había hecho creer.

Era como si hubiese viajado en el tiempo al futuro y de nuevo al pasado, solo para masturbarme con una pasión desenfrenada... Debía terminar de leer el libro de Cicerón, pero quedó en mi mente esa imagen de Arturo. ¿Será que...?

VICENTE III

Lunes por la mañana

Sentí cómo el primer rayo de sol que entraba por mi ventana se filtraba entre mis párpados y, al minuto, sonó la alarma de mi teléfono móvil. Había tenido un sueño terrible.

Había llegado un hombre del este y se había llevado a Marta como su prisionera, pero era tan inusual la situación, que parecía como si Marta se hubiera ofrecido para ser la víctima del extraño hombre oriental... y cuando digo oriental no hablo de un asiático, ni de un turco... De hecho, no sé cómo sabía que se trataba de un hombre del este. Solo sé que en algún momento del sueño lo había mencionado.

De cualquier modo, había puesto esa alarma para preparar todo para el desayuno y además ir a trabajar. No sabía en qué momento se despertaría Arturo, así que era mejor tener el desayuno antes de que él abriera los ojos, y qué mejor forma que despertando a la hora en que el sol se asoma... Vaya, qué mala idea.

Bajé las escaleras y me dirigí a la cocina. Estaba decidido a preparar algo agradable y que sabía que le gustaría a Arturo... o al menos a Marta. La verdad sé que a Arturo que viene del mundo militar no le molestaría tanto qué comiéramos exactamente, pero Marta... Joder, ella sí que es exigente.

Tomé del refrigerador un poco de pan, huevos y leche. Quería preparar tostadas francesas. Un poco de canela también para darle un gusto bien particular y que todos sintieran el agradable sabor y, por supuesto, mi talento como cocinero.

Dicen que se sabe si un chef es bueno cuando prepara los platos más simples a la perfección y con un sello distintivo que les haga, sencillamente, irresistibles. Les puedo asegurar que no hay nadie más talentoso en toda España para cocinar que yo, y eso que no lo he estudiado con la dedicación exclusiva meritoria al arte.

La única persona que cocinaba mejor que yo era Sara, bueno y dicen que Franco cocinaba muy bien también, pero no creo que nuestro comandante fuese tan infalible. Ese es Arturo que continúa siendo un fanático intransigente de nuestro gran líder. Yo lo admiro, pero no podría hablar de él como lo hace Arturo.

No sé si habrá sido Sara, o Marta, pero definitivamente entre las dos han hecho que mis ojos se abran un poco. Después de todo, un líder puede ser una persona brillante, pero jamás un ser divino.

La primera persona en ser atraída por el dulce olor de la canela que acompañaba a mis magistrales tostadas francesas fue Marta. Era evidente que ese maravilloso aroma haría que ella se acercara. Es complicadísimo hablar con Marta, pero la comida siempre habla mejor que las palabras.

—Papá, ¿esas son...?

—Sí, hija. Tus favoritas —le interrumpí.

Suspiró y se sentó en la mesa a esperar a que le sirviera su plato. Por supuesto, no tardé en hacerlo. Me encanta verla sonreír y creo que para quienes cocinamos, es un placer aún mayor, saber que nuestra comida es grata en los paladares de nuestros comensales... y más cuando se trata de mi propia hija.

Cuando le dio el primer mordisco a la tostada, suspiró aún con más fuerzas. No hay amor más puro que el amor que siente una persona por su comida favorita. Qué dulce desayuno.

—Hija, vuelvo en seguida. Iré a buscar a Arturo para que se acerque y venga a desayunar también.

En un segundo, la expresión de Marta cambió por completo. Abrió los ojos muchísimo y tosió como si se hubiera atragantado con la tostada.

—¿Arturo? —me preguntó

—Sí, hija. Mi amigo.

—¿Está aquí todavía? —dijo más inquieta aún.

—Sí, hija. Se estará quedando en la casa esta semana. Ya la próxima semana regresará a Cataluña, pero le dije que se quedara aquí para que no perdiera dinero en un hotel, donde tampoco lo tratarán tan bien como nosotros.

—¿Nosotros?

—Joder, hija... No me vas a dejar solo en esto, ¿o sí?

Marta, que estaba más roja que un pimentón, parecía estar demasiado sorprendida para ser verdad. Casi de inmediato, salió corriendo a su habitación y dejó su tostada francesa a la mitad.

Supuse que iba a ponerse un pantalón. Era lo más apropiado. Aunque Arturo es mi amigo y estoy seguro de que jamás pretendería siquiera pensar en lanzarle una mirada indiscreta a mi propia hija porque andaba en bragas en la cocina.

Caminé a la habitación que le presté a Arturo y toqué la puerta dos veces. No hubo respuesta.

—Arturo —dije.

No recibí respuesta, así que me permití abrir la habitación sin mayor preocupación. Al ver a la cama, noté que sus extremidades estaban muy explayadas en la cama, como si no pudiese estar más cómodo, y, como si fuera poco, roncaba con fuerza.

—Arturo —le repetí, pero esta vez entre risas.

Arturo se levantó con torpeza y de inmediato de la cama; llevó su mano a su sien y saludó como si se tratara del saludo a un superior.

—Señor, sí, señor —dijo como pudo.

Ya para ese momento no me pude contener y solté las carcajadas más escandalosas que pude haber soltado.

—¿Vicente? —me preguntó al verme echado en el suelo riendo.

—Joder; estaba soñando con una guerra increíble. Era el fin del mundo y los dos estábamos allí luchando para salvar a una joven que me amaba.

—¿Una joven?

—Sí, una chavala de cabello café.

—Ah, venga... Que ninguna tía de menos de 50 se va a enamorar de un tío como tú, Arturo.

—¿Cómo no?

—¿Eres millonario?

—No.

—¿Eres guapo?

—Pues, claro que lo soy.

—Ah, bueno, pero necesitas viagra... y así no se puede.

—Cállate, Vicente, que no necesito viagra.

—Joder, el viejo más vigoroso del mundo.

—Anda a tomar por el culo, Vicente.

—Venga, venga, que es muy temprano como para que estés mandándome a tomar por el culo, jaja. Yo solo he venido a decirte que el desayuno ya está listo.

—¿El desayuno? ¿Qué hora es?

—Las siete y media, Arturo.

—¿Y por qué te has levantado tan temprano?

—Pues, porque tengo que ir a trabajar.

—¿A trabajar un domingo?

—Joder, Arturo... ¿De dónde venía tu vuelo? ¿De Indonesia? Es lunes, joder.

—Ah, ¿y tú trabajas?

—Jajaja, joder, Arturo. Ven a comer —le dije riendo.

No me esperaba que Arturo actuaría así al levantarse. Definitivamente las personas reaccionan de maneras muy extrañas cuando recién están despertando. Bajé de vuelta a la cocina y el plato de Marta seguía allí sin ella.

—¡Marta! —grité.

No obtuve ninguna respuesta.

—¡Arturo!

Tampoco apareció... Joder, ¿cómo me arruinan la mañana?

—¡Marta! ¡Arturo! ¡Joder, vengan a desayunar que ya está listo! ¡Sobre todo tú, Marta, que has dejado el plato a medias y te has ido corriendo a tu habitación! —exclamé hacia la sala esperando que me oyeran los dos —. Bueno, no tengo tiempo para esto. Se me hace tarde.

Fui a mi habitación y tomé mi maletín. Revisé una vez más y Marta seguía encerrada en su habitación. Fui a la habitación de Arturo y se había vuelto a dormir. Debo entender que es lunes y son las ocho

menos cuarto; será distinto cuando regrese más tarde.

Guardé los platos de Arturo y de Marta en el refrigerador y les dejé una nota en la puerta de la cocina para que supieran donde estaban sus desayunos. Salí de la casa y el sol me golpeó en el rostro como si me hubiera dado una cachetada. ¡Qué mala idea despertarse a la hora en que el sol se asoma!

ARTURO II

Dante y la lujuria

Abrí mis ojos y vino a mi mente el recuerdo de Vicente diciéndome que el desayuno estaba listo. Me rasqué la cabeza y bostecé. Tan pronto recobré mis sentidos, vi en el reloj, que estaba junto al televisor, que eran las dos de la tarde.

¿Cuánto tiempo habré dormido? A estas alturas, me imaginaba que el desayuno ya seguramente estaría frío, aunque existía la posibilidad de que hubiese soñado esa conversación con Vicente.

Moví un poco la cortina del ventanal y me di cuenta de que el día estaba gris, como si el clima hubiese planeado con muchísimo detalle y especial decisión, llenar de lluvia aquel día. No tenía intenciones de salir en esas condiciones.

Los días lluviosos se disfrutan bajo techo. Los golpeteos constantes de las gotas contra los vidrios, techos, suelos, árboles, y, básicamente, contra todo, resuenan como aplausos y dulces reverberaciones que inducen un estado de tranquilidad que solo es posible cuando se está seco.

En esa habitación prestada podía observar, aunque fuese claramente una imitación, una preciosa representación de “El Beso” de Gustav Klimt.

El simple hecho de que hallase ese cuadro en una de las paredes, hacía que me sintiera en el lugar más apropiado para disfrutar de ese encanto del cielo que me regalaba la meteorología con tan aparente premeditación.

Dicen que la naturaleza no improvisa nada, que cada uno de los movimientos, por más minúsculos que sean, son partes de un todo; y en su totalidad, podría decir que la casa de mi amigo Vicente era una obra de arte comparable a la naturaleza misma.

Por ello, a pesar de que la lluvia, prácticamente me exigiera que me quedara bajo las sábanas de esa cómoda cama, mi instinto, no sé si militar o, sencillamente, humano me decía que era el momento apropiado para levantarme a explorar los pasillos de la mansión.

Las ventanas, las puertas, los muebles, las alfombras, el mismo suelo, las paredes y hasta los rodapiés eran pequeños detalles de un cuadro renacentista; de esos enormes que narran escenas épicas en las que, hasta el más inútil de los personajes, cuenta una historia tan solo con un ceño fruncido.

Al salir de la habitación me encontré con las escaleras.

—¡Vicente! —grité.

Nadie respondió, así que supuse que estaba solo en aquella enorme casa. Mis ojos se posaron de nuevo sobre el pasillo que me dio la bienvenida el día anterior. Caminé intrigado para observar, ahora en mi soledad, el divino cuadro que me había seducido con esa mirada inocente pero tan cargada de sensualidad.

¿Será acaso un pecado desear aquello que ya no está en este mundo? Después de todo, es como sentir placer por ver las fotos de Marilyn Monroe... El deseo sigue allí, a pesar de que ella ahora no sea

más que un montón de huesos, o polvo de huesos... o cenizas, la verdad es que desconozco si la cremaron o la enterraron, pero seguramente no es ni sombra de lo que fue... y menos con una sobredosis de barbitúricos.

El caso era que estaba observando la imagen de una mujer muerta que tenía un aire de dulzura, de juventud salvaje, de desenfreno... en una mirada que solo tiene una mujer con ganas de aprender, con voluntad por descubrir algo que no está en los libros, o al menos no en los libros que le permitirían leer a una joven.

O hasta ellas mismas no se permitirían leer por miedo a algo que desconocen. Creo que el miedo es principalmente porque saben que les gustará demasiado; como la primera gota de un suave vino tinto que llega como sangre de Cristo y, luego de la hostia, se desvirtúa en el pecado de la carne.

La vi de nuevo y, ¡por Dios!, os juro que era igual a la hija de Vicente. Recuerdo aquel fugaz contacto visual, esa confusión, esa incertidumbre, ese desliz a primera vista... ¿qué tienen los ojos de chocolate que endulzan al alma?

—¡Marta! —me atreví a gritar.

Tampoco recibí respuesta. Definitivamente estoy solo en la casa. Para asegurarme por completo de que efectivamente era así, decidí revisar cada habitación, cada pasillo, cada baño, hasta que identifiqué todos los rincones de la casa y los admiré por razones tan distintas y tan particulares, que aún me hace suspirar tan solo recordarlas.

Decidí finalmente sentarme en un sillón de la biblioteca a leer una copia de la Divina Comedia en italiano que, para mi placer, tenía guardada Vicente entre los enormes libreros; allí junto al Fausto de Goethe y Don Giovanni de Moliere.

Me pregunto si él siquiera los habrá revisado; Vicente no parece el tipo de tío que ocupa su tiempo leyendo, y no me extrañaría encontrar literatura barata que solo sirve para adornar y armar por completo ese amable panorama que presentan los libreros.

Fascinado por el libro llegué a un punto en el que imaginé a Beatrice como Marta y a mí como el mismísimo Dante Alighieri. Decidí en esta ocasión particular, leer el libro como si se tratara de Rayuela de Cortázar, saltando de estrofa en estrofa, del Purgatorio al Paraíso en cuestión de segundos.

Tan pronto abrí la primera página del tercer canto del Infierno, y leí ese verso que reza “*Lasciate ogni speranza, voi ch'entrate*”, escuché como a lo lejos se cerraba la puerta de la casa.

Me levanté del sillón como si estuviera haciendo algo prohibido, solté el libro sobre la mesa que se encontraba en el medio de la sala de la biblioteca y traté de regresar corriendo a mi habitación, pero pensé que mi regreso debía ser más sutil si quería pasar desapercibido. La verdad no sé por qué razón iba así, pero supongo que han de ser la lujuria y esos versos de Dante juntos.

Logré llegar a mi cama sin cruzarme con nadie y me acosté sin dejar pruebas de que había estado paseando por toda la casa... excepto el libro sobre la mesa. ¡Joder! Oí como unas llaves, a lo lejos, golpeaban una madera y luego escuché un suspiro femenino. No era Vicente; era Marta.

Una curiosidad aún más grande y muchísimo más fuerte que aquel instinto que me hizo alzarme para explorar la casa, se apoderaba de mí ahora con el deseo de ver a la hija de mi mejor amigo en la

mansión. Era una obra de arte que caminaba a gusto por los trazos de otra obra de arte, que era su hogar por naturaleza. No debía levantarme para eso.... Es la hija de mi mejor amigo.

MARTA II

El dedo en el vino

Me lancé sobre mi cama y suspiré. Ayer quizás soñé que el tío viejo me follaba, pero quien realmente acabó por follarme fue Marco Tulio Cicerón en el examen de Derecho Romano. ¡Qué jodida mierda! Jamás alcanza el tiempo para todas las cosas que necesita hacer uno.

Tomé mi teléfono y decidí llamar a Lucy, mi mejor amiga. Ella siempre ha sabido cómo aconsejarme cuando me siento mal.

—Aló —escucho en la voz aguda, pero reconfortante de Lucía.

—Lucy, soy yo, Marta.

—Hola, Marta, ¿cómo estás? ¿qué tienes ahora?

Esa pregunta me hizo pensar un poco las cosas. ¿Será que todas las veces que la he llamado han sido porque he estado teniendo algún problema? Mandé a tomar por el culo a esa inseguridad y simplemente le respondí.

—Pues, bien, Lucy... Lo único es que acabo de salir de un examen y creo que salí muy mal.

—Ah, pero no será ni la primera ni la última vez, Marta. No te vuelvas loca por eso.

—Joder, gracias, Lucy —le dije.

—¿Qué quieres que te diga? ¿Que te mienta diciéndote que vas a salir muy bien siempre? No eres perfecta, Marta —me decía de una manera que, curiosamente, a pesar de no ser un halago, no sonaba como un insulto—, y no siempre dependerán de ti tus calificaciones. No le prestes tanta importancia a esos números. Lo importante es que aprendas.

—Y que pase, joder.

—Bueno, sí, que pases también es bastante importante.

Hubo un silencio entre las dos hasta que lo rompí con una frase sobre una de las cosas que realmente sentía en ese momento. Algo que necesitaba decir.

—Te extraño, Lucy.

—Y yo a ti, Marta —me dijo

—Deberíamos vernos pronto —casi le supliqué.

—Sabes que no es tan fácil, Marta. Estoy muy ocupada y bueno... sabes que Kuala Lumpur no está a dos manzanas de Madrid.

—Lo sé... Es que...

—Sí, yo sé, Marta. Es duro.

—No, no solo eso... Es que hay algo que te tengo que contar.

Por un par de segundos medité si verdaderamente debía contarle eso a Lucy. Es mi mejor amiga, pero creo que esto era algo que preferiblemente debería permanecer en el secreto... aunque...

—¿Qué me tienes que contar, Marta?

—Ehmmm... Bueno...

—¿Qué hiciste, Marta? —me preguntó con un tono mucho más fuerte.

—Nada, Lucy... Es que... Una amiga...

—Es decir, tú.

—No, no... En serio. Una amiga.

—Ajá.

—Tengo una amiga que se acaba de dar cuenta de que se pone cachonda con los hombres mayores.

—¿Qué?

—Eso que te dije. Una amiga que se acaba de dar cuenta de que se pone cach-

—Sí, yo te escuché, ¿pero quién coño te pone cachonda?

—¡Que no es a mí, Lucy!

—Ten cuidado con lo que hagas, Marta. No se te ocurra follar con un tío mayor. Se va a querer aprovechar de ti.

—No si yo me aprovecho más.

—¿Qué?

—Que no soy yo, joder. Es una amiga.

—¿Y cómo se llama tu amiga?

—¡Se dice el pecado, pero no el pecador, Lucy! —dije y reí nerviosamente.

—Qué mala mentirosa eres, Marta.

—Cállate, Lucy. No sé ni por qué te conté.

—¿Quién es el viejo?

—¡No es un viejo!

—Ah, disculpa... ¿Quién es el tío mayor? —me preguntó con un tono burlón.

—La polla de Melchor. Anda a tomar por el culo, Lucy.

—¡Opa! Cuida tu lenguaje, Marta. Si no querías que te juzgara, no sé por qué me has contado.

—Ni yo.

—¡Pero no vayas a follar con él!

—No va a pasar eso, Lucy. Solo te estaba contando para que me ayudaras.

—Bueno, si quieres que desaparezca la idea, trata de no verlo, no cruces caminos con él... ¿de dónde es el tío?

—De Barcelona.

—Ah, pero está fácil que no lo veas.

—Sí, es verdad...

—Venga que si es Jordi Rebellón no te culpo.

—Jajaja, ¿cómo lo has sabido?

—Soy tu mejor amiga, Marta —me dijo riéndose—. Ya sé que no te lo vas a follar.

—¿Cómo sabes que no lo haré?

—Si lo haces, me cortaré todo el cabello.

—Jajaja, prepárate.

—Jajaja, joder... Bueno, te dejo Marta. Me cuentas si te follas al doctor Vilches.

—Ya verás, ya verás. Hablamos luego, Lucy.

—Hablamos, Marta.

Colgué la llamada y me reí un poco. Me quité la blusa y el sujetador y sentí cómo mis pezones estaban excitados, quizás por la idea de follar con Arturo. Pensé que quizás revivir el sueño que tuve la noche anterior podría ser una idea interesante ahora que realmente no tenía nada que hacer.

Vi a la puerta de mi habitación que estaba entreabierta y decidí dejarla así, por si ocurría aquello que no quería que ocurriera, pero que muy en el fondo deseaba con mucha fuerza.

Me quité mis vaqueros y quedé solo con mis bragas puestas. Abrí mi ordenador portátil y busqué un poco de porno en internet para estimular mi imaginación.

Por una cierta paranoia, coloqué algo para tapar la cámara del ordenador; jamás se sabe quién puede estar espiando por una cámara... He escuchado tantas historias extrañas de hackers que prefería evitar cualquier cosa. No me atraía tanto la idea de saber que unos tíos después se frotarían sus pollas viendo mi vídeo publicado en un sitio como el que yo estaba abriendo en ese momento.

Comencé a tocarme tan pronto encontré lo que quería ver... y bueno, quizás un poco antes también... Froté mi clítoris y metí dos de mis dedos en mi coño.

Sentí esa sensación particular, tan placentera en la que las manos se sienten como hundidas en gelatina... como cuando se mete el dedo en el vino y luego se chupa para saborearlo, aunque no tenga clase para nada. Creo que esta es la clase de momentos en los que no me importaría ni un poco la elegancia.

Gemía con fuerza mientras trataba de llegar lo más lejos posible con mis dedos.... por un reflejo, quizás provocado por la misma fantasía, dije “Arturo” en voz alta y dirigí mi mirada hacia la puerta. No había nadie allí, pero pensar que había una posibilidad de que se asomara y me viera así, me ponía aún más caliente.

Seguí viendo el porno y gimiendo cada vez con más fuerza, buscando llegar al clímax, aquel que alcancé en mi sueño. Sentí cómo mis piernas se llenaban de los jugos de mi coño, cómo mi placer se derretía y bajaba por mis muslos, mojaba la cama y manchaba mis sábanas.

Repetí “Arturo” y miré hacia la puerta. Escuché un golpe en la madera y creí ver una sombra retirándose del pasillo, pero mi orgasmo y el chorro que surgió de mi vagina no me permitió saber si era cierto aquello que pensaba que había ocurrido.

Gemí con mucha fuerza tratando de reprimirme de gritar y volví pronto a la puerta... No había rastro de nada, pero estoy segura de que él estaba allí espiándome. Estoy segura de que me vio.

VICENTE IV

Urgencia

Ya había pasado una semana desde que mi viejo amigo Arturo decidió venir de visita a mi mansión en Madrid. Era genial tenerlo en casa, pero el hecho de haber estado trabajando todos los días hacía que no compartiera casi con él.

Por ese motivo, decidí que me tomaría libre ese lunes. Debíamos salir a algún lugar, ya que Arturo solo había estado en la casa todos esos días.

—De verdad no hace falta, Vicente. Ya tu casa es bastante grande como para ir más lejos.

—Venga, Arturo, que no eres un viejo con agorafobia. Hay un montón de cosas que ver aquí en Madrid. Además, te vas a poner gordo si no sales por lo menos a hacer ejercicio... aunque ni te comiste las tostadas francesas que te preparé la semana pasada.

—¿Gordo?

—Claro, joder. Tú que eres militar lo deberías saber más que nadie.

—Pero es que también estudié Artes.

—¿Y qué tiene que ver una cosa con la otra?

—Bueno, hay quienes dicen que ser militar es un arte.

—¿Qué coño dices, Arturo?

—¿A hacer ejercicio?

—Sí, a andar en bicicleta un poco, ¿por qué no?

—Bueno, veré si lo hago esta semana.

—Claro. Además, así no tienes que soportar todo el día a Marta.

Arturo rió.

—¿Qué tal Marta? ¿Cómo se ha comportado?

Hubo un momento de silencio. Parecía que Arturo estaba distraído mientras le hablaba. Su mirada se había perdido en algún sitio de la vía, mientras yo conducía, y su ausencia de palabras me generó un poco de suspicacia.

—¿Arturo?

—¿Qué?

—Te he preguntado que ¿cómo se ha portado Marta?

—Ah, pues, muy bien. No hemos tenido ningún roce.

—Me alegra.

—Sí, tu hija es muy simpática.

—Ah, pero eso es porque no eres su padre.

—Seguro estás exagerando.

Reí y callamos ambos por un rato. Debo admitir que los silencios eran incómodos. Había algo que inquietaba a Arturo y no me quería contar. Me preocupé por un momento y decidí que lo más inteligente era preguntarle si le ocurría algo.

—Arturo.

—¿Sí?

—¿Está todo bien?

—Sí, Vicente. No te preocupes. Solo estoy un poco cansado.

—¿Cansado de qué? ¿De pasear por mi casa?

—¿De dormir?

Arturo rió y estuvimos bromeando el resto del viaje. Paseamos por las plazas de Madrid, lo llevé al Museo del Prado, porque sabía que le encantaría visitarlo, y así fue. Quedó maravillado con cada una de las obras que allí estaban y por el museo mismo que consideró una pieza maestra por sí solo.

Arturo tenía realmente un don para describir las cosas que le generaban un enorme gusto.

Cuando me describió mi mansión, sentí que vivía en el mejor sitio en que un hombre como yo podría vivir; como si cada uno de los pasillos y habitaciones hubiesen sido construidos con la expresa intención de que yo los habitara, y los llenara con mi alma, como dijo él.

También le expliqué que muchos de los muebles de la casa, así como los cuadros y las esculturas habían sido hechos por mí.

Todas las mesas que están junto a las camas, incluyendo las de la habitación de Marta los construí yo con mis propias manos y con muchísimo amor. Eso conmovió a Arturo y me felicitó porque consideró que era un verdadero artista.

Luego de pasear, por lo menos, seis horas por todo Madrid regresamos a mi casa y vimos cómo el sol se ocultaba detrás de la casa. Arturo describió el momento solo con una frase que me parece que resume bastante bien la sensación:

—Es como si la casa se hubiera tragado al sol y, en el proceso, encendiera las luces de cada uno de los candelabros internos con el fuego que le es propio... tanto al sol, como a la casa.

Entramos y, efectivamente, las luces de la casa estaban encendidas alumbrando con fuerza la entrada y haciendo que brillaran cada uno de los escalones que daban al piso superior, así como el pasillo de los cuadros que da hacia la sala.

—¡Marta, llegamos! —grité.

Marta no me respondió, y hasta el momento, parecía no haber bajado de su habitación, así que subí a ver si le ocurría algo. Al llegar a la puerta, vi que la tenía cerrada con llave, así que toqué dos veces.

—¿Marta?

—¿Papá? —me respondió desde adentro.

—¿Ocurre algo, hija?

—Nada, ¿por qué?

—Es que tengo la impresión de que llevas todo el día allí encerrada.

—Claro que no.

—¿Entonces por qué estás encerrada ahora?

—Porque quiero estar encerrada. Es mi habitación, joder.

—Bueno, hija... pero en un momento vamos a cenar, así que te llamaré para que bajes. ¿Por lo menos podrías acompañarnos en la cena?

—Seguro, papá. Me avisas.

—Vale.

A veces no entiendo ni un poquito a las mujeres. Ni porque Marta sea mi hija y tenga sus 21 años conociéndola. Más bien siento que mientras más la conozco, más rara me parece.

Bajé a cocinar la cena y noté que en mi teléfono tenía dos llamadas perdidas del número de uno de los gerentes en Galicia de mi empresa, así que decidí que era buena idea saber qué quería. Normalmente no me llama, así que probablemente era algo malo. Sinceramente no me daba buena espina.

—¡Aló, Blas!

—¡Jefe!

—¿Qué ha pasado?

—Jefe, es muy importante en serio.

—¿Qué ha pasado, Blas, joder?

—¿Recuerda que tendríamos una reunión este miércoles con los de la aseguradora aquí en La Coruña?

—Sí, lo recuerdo, Blas, ¿qué hicieron?

—No hemos hecho nada, jefe... Ocurre que la gente de la aseguradora ha dicho que no se va a reunir con nosotros si no está el jefe de la empresa.

—¿Eso quiere decir que tengo que agarrar el primer vuelo de mañana a La Coruña?

—Pues...

—¿Quiere decir eso, Blas?

—Sí, jefe. Eso es exactamente lo que le iba a decir que necesitábamos. Tenemos información de los vuelos y ya tenemos reservado un boleto del avión que saldrá a las ocho menos cuarto de la mañana,

esperando a su confirmación.

—Bueno, pues, ¿qué le vamos a hacer? Confirmo. Estaré allá mañana.

—Discúlpeme, jefe.

—No te preocupes, Blas. Es algo necesario —le dije—. Y, después de todo, esto no es tu culpa.

—Es usted muy amable. Que tenga buena noche, jefe.

—Y tú también, Blas.

Qué hijos de puta. Qué capacidad de arruinar la visita de Arturo.

—¡Arturo! ¡Marta!

Ambos llegaron muy rápido a la cocina con rostros un poco extrañados.

—¿Vicente? ¿Tan pronto la cena?

—¿Qué pasó, papá? —preguntó Marta.

Tomé aire y con todo el dolor de mi alma tuve que decirles lo que les tenía que decir, para que supieran lo que ocurriría.

—No, no está la cena. Acabo de recibir una llamada muy importante de uno de mis gerentes en Galicia solicitándome que viaje mañana temprano a La Coruña, así que os dejaré solos un par de días, mientras resuelvo los asuntos urgentes.

—¿Te vas? —preguntó Arturo con mucho nerviosismo.

—Sí, amigo. Lo siento mucho. Nos veremos de nuevo el fin de semana, antes de que te vayas de vuelta a Barcelona.

—¿Y Marta? —me preguntó.

—Pues, Marta es una mujer grande y tiene su permiso de conducción, así que no tendrá mayores inconvenientes, ¿verdad, hija?

—Ningún inconveniente. La casa estará más cómoda sin ti —me dijo ella.

—Claro, hija. Estoy seguro de que tú y Arturo la pasarán muy bien.

—Ni lo dudes —me respondió Marta.

—No le quites el ojo de encima, Arturo.

Arturo rió.

—Les prepararé unos sándwiches y me iré a dormir. Debo descansar porque sino, perderé el vuelo.

Efectivamente les preparé los sándwiches con jamón y queso, cenamos juntos y tan pronto terminamos de comer. Cada quien fue a su respectiva habitación a hacer lo que mejor le pareciera. Yo a dormir, y pensar en el viaje que emprendería mañana. Cómo odio hacer las cosas con urgencia.

ARTURO III

Un pequeño paseo

Era temprano y ya Vicente se había ido. Sabía que mi amigo me había pedido que no le quitara los ojos de encima a su hija, pero la verdad era que si no apartaba mi mirada de ella, algo muchísimo peor ocurriría. Sería como si el guardián se transformara, precisamente, en aquello que amenaza.

Y no podía olvidar aquel momento en que me asomé a su puerta y la vi tan vulnerable, masturbándose en su cama... ¿Por qué me habré asomado en las mismísimas puertas del infierno? Temía que el hecho de que Vicente no estuviese en la casa me hiciera sucumbir a ese pecado que tanto pensaba evitar.

No sabía si Marta ya había salido de la casa o si estaba abajo preparándose el desayuno. Tenía hambre. Debía bajar a la cocina a prepararme algo, pero tenía miedo de encontrármela y que no me pudiera contener. Venga, Arturo, tampoco eres un chaval.

Dos veces tocaron a mi puerta. No podía ser. Se abrió sola y era Marta con una bandeja y el desayuno.

—Buenos días, señor Arturo. Le he traído el desayuno —me dijo.

Joder, no estaba soñando. La hija de mi amigo Vicente es un ángel.

—B-buenos días, Marta.

Marta me dejó la bandeja sobre mi pecho y apartó las cortinas de las ventanas dejando que la luz del sol se filtrara en sus cabellos e iluminara su piel blanca y sus lunares. Iba vestida con una blusa azul que dejaba sus hombros al descubierto y llevaba unos pantalones cortos bastante ceñidos que me permitían percatarme de las curvaturas de sus preciosas piernas.

—Espero que le guste, señor Arturo —me dijo.

—Me encanta —le respondí.

—Pero si no ha probado nada —comentó riéndose con algo de picardía.

—Es que se ve muy bien.

—¿Le gusta?

—Sí.

—Coma un poco.

Joder, ¿me estaba imaginando todo? Esta chica estaba tratando de seducirme, no estaba loco. Tomé los cubiertos y piqué un poco los huevos fritos que ella había preparado y servido con tocino. Un desayuno americano. Supuse que eso se debía a que Marta estaba siendo muy constantemente influenciada por la cultura estadounidense, como muchos de los chicos de su edad.

Lo importante era que me había traído el desayuno y que estaba muy buena... la comida... y bueno, ella también, pero lo que quería decir era que... joder, qué nervioso estaba. Me sentía como si estuviera a punto de tener sexo por primera vez en mi vida.

En ese momento, Marta se me acercó y se sentó a mi lado en la cama. Sentía como si estuviera observando como saboreaba cada bocado del desayuno. Como si estuviera viendo el espectáculo más importante del mundo.

—¿Tengo algo? —le pregunté.

—No, nada —me respondió como si estuviera evadiendo algo. Apartó su mirada de mí y rió.

—¿Segura? —reí también.

—Sí, sí, jaja.

Hubo un silencio cómodo entre los dos. En esos que la tensión parece estar ausente, en los que se dice tanto sin decir nada... y a mí se me ocurrió romperlo.

—¿Y tú no vas a desayunar?

—Ah, sí, no se preocupe, señor Arturo. Mi desayuno está abajo.

—¿Abajo?

—Sí, señor Arturo.

—¿Abajo dónde?

—Usted sabe —me dijo tocándome la pierna.

—¿Yo sé?

—Sí, en la cocina. Ya la ha visitado, ¿no?

—Claaaaro. He ido a todas las habitaciones de esta casa, y cada una tiene su encanto.

—¿A todas?

—Sí, Marta. A todas. Me parece maravilloso cómo la estética de la casa se ve tan bien implementada en cada uno de sus ambientes, como si integraran una gran obra de arte compuesta por muchas obras de arte. Es casi como un museo, de hecho, ayer que fui al Museo del Prado con tu padre, quedé con la idea de que ambas eran unas maravillas.

—¿Y usted fue a mi habitación también?

—No. ¿Cómo podría? Ese es un espacio totalmente privado. No podría entrar a la cámara de una joven como tú sin su permiso.

—¿Ni siquiera le ha echado un ojo? Aunque tenga su privacidad, seguro que habrá accedido a un poco de esa intimidad.

Tragué el último bocado del desayuno con fuerza porque sabía que Marta me había visto. Los nervios habían regresado, pero con muchísima más fuerza... Es la hija de mi amigo, es la hija de mi amigo, joder.

—Si no, ¿cómo podría hablar de todo el arte de esta casa?

—Pues, sí he visto un poco, pero no he entrado.

—Pero tus ojos sí.

—Sí.

—¿Desde el primer día?

—Marta, ¿qué hora es?

—Son las ocho y media.

—¡Vaya! Es tardísimo.

—¿Tardísimo?

—Claro... Debo salir.

—¿Salir?

—Sí, salir.

—¿A dónde?

—A... a dar un paseo.

—¿Un paseo?

—Sí, en bicicleta. Tu padre me lo recomendó.

—¿Por qué?

—P-porque debo hacer ejercicio. No planeo quedarme todo el día aquí.

—Vale. Lo esperaré en la tarde, señor Arturo.

—Sí, sí, sí, seguro que sí, M-Marta. ¡Nos veremos!

Me puse la primera ropa deportiva que conseguí en mi valija y salí de prisa a buscar la bicicleta de Vicente para irme rodando por las calles de Madrid. No sabía qué me esperaba en ese pequeño paseo, pero debía huir de la casa de Vicente antes de que cometiera alguna estupidez y ahora sé que Marta me quiere tentar a cometerla.

¿Qué le pasa a esa chavala? Sabía que ese sueño que había tenido el primer día tenía algo que ver con mi deseo por la esposa de Vicente, pero no me imaginé que su hija se parecería tanto a ese cuadro... y mucho menos que la encontraría en ese momento tan... ¿Cómo decirlo? ¿Particular?

Me ajusté el casco y todo el equipo para estar seguro. Cuando uno pasa cierta edad, es mejor no seguir haciéndose el héroe y saber que cualquier cosa puede ocurrir cuando uno hace actividades físicas, seguro que por eso era que Vicente tenía todas esas cosas allí en su cochera.

Salí de la casa sin saber mucho hacia dónde me dirigía, pero debía perderme por un buen tiempo para que Marta se olvidara de esas ideas sexuales que estaban en su mente.

Sé que esas cosas que me dijo mientras desayunaba, tenían que ver con ese momento del lunes y yo no podía dejar de pensar en ella. Tenía la imagen de Marta dándome vueltas en la cabeza... y en algunos otros sitios también, pero, joder... no, no, no. Es la hija de mi amigo, es la hija de mi amigo.

Andando por la vía principal, me conseguí con una señora que iba también montada sobre una bicicleta. Su cabello amarillo sobresalía de su casco y bajaba hasta la mitad de su espalda. Me ubiqué a su lado mientras esperábamos al paso en el semáforo y vi su rostro. Por un momento creí reconocerla y tuve el atrevimiento de dirigirle la palabra.

—¿Carmen? —además dije el nombre que creí que era suyo.

La mujer se volteó a verme y supongo que habrá puesto la misma expresión que yo puse cuando la vi en un principio.

—¿Arturo?

Sí me reconoció. ¡Era Carmen!

—Joder, Carmen. ¿Cuántos años han pasado? —le dije intentando abrazarla, pero luego notando lo incómodo que era realizar un abrazo de bicicleta a bicicleta decidí abandonar mis intenciones.

—Han sido más de quince. ¡Estás igual!

—¡Y tú estás mejor aún!

—Jajaja, no inventes, Arturo —me dijo.

Carmen y yo fuimos novios durante un tiempo. Ella estaba muy comprometida con el franquismo y por eso nos conocimos.

A ella le encantaba la idea de tener sexo con un ex militar franquista y a mí me encantaba que le encantara eso, porque la verdad es que me la habría follado fuese franquista o no... Pero un día conoció a unos tíos envidiosos que la lograron convencer de lo terrible que había sido todo el franquismo, y decidió que no era buena idea seguir conmigo que había sido “cómplice” de toda esa masacre. Ridiculeces.

—¿Sigues con la tontería del franquismo? —me preguntó.

—No hablemos de eso, Carmen. Tú no sabes valorar el sacrificio que hicimos por ti y nuestra España, y no pienso gastar saliva en ello.

—Está bien —me dijo casi burlándose de mí.

—¿Qué cosas significativas han pasado en tu vida? —le pregunté para no cortar en seco nuestra conversación.

—Bueno, he estado muy bien. Me casé.

En ese momento alzó su mano del manubrio para mostrarme un anillo en su dedo anular, como se acostumbra cuando se ha consumado el acto del matrimonio, y no hablo de la luna de miel. Todos sabemos que esa otra consumación normalmente se ve reflejada en otro indicador que es incluso más obvio: el tamaño de la barriga.

—Y no te imaginas lo bien que me va. Soy la jefa en una empresa de alquiler de coches. ¿Tú vives aquí en Madrid? ¿Por qué no nos hemos visto en todo este tiempo?

—No, Carmen. Vivo en Barcelona. No nos hemos visto porque yo no había venido para aquí.

—Ay, seguro estabas huyendo de mí porque te avergüenza tu pasado. Algún día dejarás todo eso atrás.

—¿Por qué me avergonzaría? ¿De qué coño hablas?

—Venga, no me intentes mentir, Arturo. Yo sé que te encantaba follarme y tienes una cara de que necesitas un toquecillo de cariño.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Pues, que te conozco bastante bien. No olvido tus expresiones.

—Jódete. ¿Te estás ofreciendo?

En ese momento nos interrumpió la bocina de un coche que estaba atrás de nosotros. Había que continuar movimiento. Avanzamos un poco más y seguí a Carmen a un parque, en el que dimos varias vueltas, hasta que finalmente nos detuvimos cerca de unos árboles al fondo del parque.

—Cómo perseveras, Arturo.

—No me has respondido la pregunta, Carmen.

Carmen se bajó de su bicicleta y me tocó la pierna. Muy similar a como lo había hecho Marta más temprano.

—¿Tú qué piensas, Arturo?

—Que me parece totalmente indignante que una mujer casada como tú esté buscando que un franquista como yo se la folle.

—Ay, por favor, Arturo.

—¿Me suplicas?

—No, me parece ridículo lo que estás diciendo.

—¿Ah, sí? ¿Entonces qué pretendes con esto? —le dije señalando a su mano que ahora acariciaba mi pierna.

—Nada —me dijo apartando su mano de inmediato.

—¿Acaso tu marido no te satisface?

—Anda a tomar por el culo, Arturo. Seguro andas con el idiota de Vicente. Aprovecha y le pides que te folle.

—Joder, qué idiota eres, Carmen. Menos mal que no te follé ahora.

—Ni siquiera te iba a dejar follarme.

—Vale, Carmen. Pues no me queda más que desearte mucho éxito con tu empresa de alquiler de automóviles. ¡Ah! Y recuerda que tu coño no es un coche —le dije y me fui.

De lejos pude escuchar como me gritaba muchísimos insultos, pero no le presté más atención. Era una vieja estúpida. Ví mi reloj y noté que ya había estado paseando por un tiempo considerable. Era probable que ya Marta no estuviera buscando follarme... aunque quizás yo sí... Decidí ir a almorzar y

dejar a que se hiciera más tarde.

MARTA III

Cuatro brindis

Tenía la impresión de que Arturo estaba huyendo de mí. ¿Será que no le gusto? ¿Será que Arturo es gay? ¿y...? Joder, ¿será que es el amante de mi papá? No, coño.

Eso no puede ser. Estoy absolutamente segura de que Arturo se asomó en mi habitación mientras me masturbaba y no se alejó de la puerta hasta que mis ojos se fueron hacia allá porque estaba disfrutando lo que veía.

Además, es un tío mayor y yo soy una niña en comparación... ¿En qué otro momento podría tener una oportunidad como esta?

Decidí preparar el comedor para su llegada con dos copas y una botella de vino francés. Además, me puse un vestido rojo precioso y con un escote tentador, como si mi intención fuese salir a una noche de gala y causar una sensación increíble. Jamás me había puesto este vestido y lo tenía guardado por si algún día se me ocurría hacer algo así.

A pesar de que mis tetas no son ni siquiera grandes, me han dicho los tíos con los que he estado, y mis amigas que las han visto, que son muy lindas y que eran la prueba de que no era el tamaño lo más importante, sino la sutileza de sus formas.

Así me dijo un tío una vez, y por supuesto, me entregué por completo, aunque no me caracterice por dejarme caer en esos encantos, y mucho menos con insinuaciones sexuales directas.

Me puse unas medias con encajes que combinaban con mi ropa interior, también de encajes; completamente negras para que resaltaran más con mi pálido color de piel e hicieran un sensual contraste con el potente rojo del vestido.

También con el vino preparé un asado para que pareciera que solo era una cena. De hecho, tenía un plan muy astuto para conseguir lo que estaba buscando sin parecer una golfa. Mi plan era...

“¡Clac!”, sonó la puerta de la casa. Era él que ya había llegado de su paseo en bicicleta, y supuse yo que estaba bastante sudado y hambriento, por lo que quizás decidiría tomar una ducha antes de venir a comer... o al menos demostrar que tenía ganas de comer un poco.

Había condimentado la carne de tal manera que su esencia se le haría irresistible. Y no hablaba solo de la cena. Mi perfume también era divino. Tan majestuoso que incluso a mí me ponía cachonda... aunque quizás era porque ya yo estaba bastante cachonda.

Escuché sus pasos y corrí hacia el pasillo de los cuadros, pero al llegar al final tan solo asomé mi cabeza sin dejarle ver mi vestido. Estaba allí subiendo las escaleras y cuando notó mi presencia me saludó. Se veía cansado y nervioso.

—Hola, Marta.

—Hola, señor Arturo.

—Voy a tomar una ducha —me dijo y alzó su mirada como si hubiera notado algo extraño o especial en el ambiente —Eso que huele... ¿es la cena?

—Sí, señor Arturo, preparé un poco de comida.

—Pero huele muy bien... y debajo de ese olor divino... ¿ese es tu perfume? ¿A dónde te diriges, lindura?

¡Me dijo “lindura”! Y eso que no ha visto como voy vestida.

—A ningún lado. Estoy aquí esperando a que venga mi cita.

—Ah, ¿tu cita?

—Sí, mi cita —le dije sonriendo.

—Qué encantador que lo invites para aquí. Seguramente no hay mejor sitio en la ciudad y con esa cena que preparaste, no dudo que todo salga bien.

—Gracias.

—Si algo sale mal es porque el tío es un patán o un imbécil. Mucho cuidado.

—No creo que sea ninguna de las dos cosas, señor Arturo.

—Ah, vale. Me alegro muchísimo entonces —me dijo sonriendo.

Le sonreí de vuelta.

—Subiré a tomar la ducha. Nos vemos en unos minutos para la cena —me dijo.

—Seguro, señor Arturo. Que disfrute la ducha.

Tan pronto se desapareció de mi vista corrí al comedor a prepararlo todo. Debía ser perfecto todo. Cubrí con un mantel precioso el mesón del comedor y coloqué unas velas para que todo se viera aún más tentador, pero nada de velas aromáticas.

Aquí solo debían estar las esencias de mi perfume y la del asado. Para acompañar al asado, horneé unas patatas que condimenté con orégano y sal.

Y de postre... o al menos de primer postre, jeje... unas tartaletas de fresa que había aprendido a preparar con un tutorial en YouTube. De verdad uno puede aprender prácticamente cualquier cosa con tutoriales de YouTube; se sorprenderían de toda la porquería que enseñan a hacer allí, si es que no lo han visto ya, claro está.

Me asomé por un segundo a la ventana y vi cómo el sol bajaba lentamente. Ya anochecería. Era momento de encender las velas para que el comedor se iluminara adecuadamente.

Alcé mi mirada hacia el reloj y vi que tan solo habían pasado dos minutos desde que había saludado a Arturo en su llegada. Mi corazón latía con fuerza, totalmente consciente de la locura que estaba a punto de cometer. Tenía miedo, pero un miedo delicioso; uno que podía disfrutar y que me hacía dominar el triunfo inminente.

Pensé en colocar los platos en la mesa, pero se enfriarían, y no coincidirían con nada de lo que tenía planeado. Solo había dos sillas ubicadas en la mesa porque había quitado el resto para eliminar cualquier posibilidad de que se sentara en otro sitio que no fuese a mi lado... porque al frente era demasiado lejos.

Estos mesones de millonarios... No sé por qué tenemos una mesa tan grande si solo vivimos dos personas en esta casa, pero bueno, también tengo mis lujos innecesarios y exagerados. No tenía cómo argumentar sensatamente, o al menos con coherencia.

Me vi al espejo un momento y creo que jamás me había visto tan hermosa. ¿Por qué tanta exageración para este momento en particular si lo que quería era follar? No era como si me estuviera enamorada de un señor mayor.

Tan solo era mi apetito sexual manifestándose con agresividad, pero no sabía que mis instintos más bajos tuvieran también tanta elegancia y belleza incorporadas.

Pensé en el cortejo animal y vino a mi mente el pavo real; eso era yo en ese momento. Un pavo real macho contoneándose para seducir, solo que curiosamente este era el caso contrario... como parece ser bastante en el caso humano. ¿Por qué pienso tanto las cosas?

Noté que el vino no estaba en el centro de la mesa y eso me preocupó un poco. Definitivamente estaba alterada, porque normalmente esa clase de cosas no me consternaban.

No poseo ninguna clase de trastorno obsesivo compulsivo y ese pequeño espasmo provocado por una irregularidad tan irrelevante como esa solo se debía a los nervios que se habían apoderado de mí.

Vi mi brazo y noté como cada uno de mis poros estaba alzado y sentí el frío subiendo por mis pies hasta mis mejillas. Algo no andaba bien. ¿Era arrepentimiento lo que sentía? No, no podía ser. Jamás me arrepentiría de algo que hiciera con tanta dedicación. Era otra cosa... Era...

—Joder...

—Señor Arturo —me volteé y dije auténticamente sorprendida.

—Estás... jodidamente hermosa, Marta.

—Gracias, señor Arturo.

Sabía que en ese momento estaba sonrojada por completo. Me conozco y sé que, siendo tan blanca como soy, por no decir pálida, el rubor se me sale de las manos, como si me convirtiera en un pimiento morrón.

—¿Y tu cita?

Era el momento de aplicar mi plan.

—Me acaba de llamar, señor Arturo. Es terrible.

—¿Por qué es terrible, lindura? ¿Qué ocurrió?

—Me dijo que no me quería ver, que me jodiera, que era una gilipollas.

—¿Te dijo esa mierda? ¿Dónde guarda las armas tu padre?

—¡No! No haga eso, señor Arturo. La violencia no resuelve nada.

—¿Cómo no? ¿No sabes cómo mantuvimos a raya a la ETA?

—Señor Arturo, no me venga a hablar de Franco, que ese es otro hijo de puta.

—¿De verdad piensas eso?

—Claro, señor Arturo. Él le hizo mucho daño a un montón de españoles y fue el autor intelectual de muchísimas muertes durante su extensa dictadura.

—Ay, mi linda Marta. ¿De verdad?

—Sí, señor Arturo. No entiendo cómo un hombre como usted lo apoya.

—¿Un hombre como yo?

—Sí, tan fuerte, inteligente y bien parecido.

—¿Y-yo? ¿B-b-bien parecido?

—Sí, señor Arturo. Usted es muy guapo.

—G-gracias, Marta. Pero yo no apoyo tanto a Franco como dices... Ya he dejado atrás eso.

—¿En serio?

—Totalmente, lindura.

—No me lo está diciendo para hacerme sentir mejor, ¿verdad?

—No, no, claro que no... ¿cómo me crees capaz de engañarte?

—No lo sé.

—¿Con qué intención yo te engañaría a ti?

—No lo sé... Podría querer aprovecharse de una joven inocente como yo.

Arturo me miró asustado y se llevó una mano a la cabeza. Creo que de verdad lo estoy asustando. No es buena idea proceder por allí.

—Era una broma, señor Arturo, jaja —le dije para calmarlo.

—Jajajaja, claro, Marta. Me asustaste por un segundo —me dijo riendo nerviosamente.

—Pero mi cita me abandonó y ahora no sé qué hacer. Lo había preparado todo.

Arturo vio a la mesa con las velas encendidas y la botella de vino con las dos copas y regresó su mirada hacia mí sonriéndome.

—Habías hecho un muy bello trabajo. Qué gilipollas este tío que te ha dejado aquí sola.

—No diga eso, señor Arturo. No estoy sola. Está usted aquí conmigo.

—Tienes razón, Marta... pero joder, mírate. Estás muy linda. Ese idiota no sabe lo que se está perdiendo.

—Y usted es el único que me verá esta noche así, señor Arturo.

A Arturo se le iluminaron los ojos con eso que le dije. Vi cómo se le ocurría por completo lo que llevaba rato insinuándole.

Qué difícil es decirle a los hombres lo que tienen que decir. Admito que a veces somos muy

enigmáticas y nos comunicamos con acertijos complejos las mujeres, pero joder... ¿qué parte de siéntate y acompáñame no se entendía?

—¿Podría acompañarte a cenar yo, linda Marta?

—¿No será una molestia para usted, señor Arturo? Qué pena que yo esté así vestida con usted en la mesa. Debería cambiarme.

—¡No! —casi me gritó.

Me frené de golpe y me senté en la mesa de nuevo un poco asustada por la voz de mando utilizada por Arturo.

—Quiero decir... No hace falta, lindura. Deja que yo me cambie y me pongo más a tu altura.

—¿Haría eso, señor Arturo?

—Por supuesto, lindura.

—Qué amable es usted. ¿Será mi cita esta noche?

—¿T-t-tu cita?

—Claro, señor Arturo. Necesito tener una cita. Si no, me pondré muy triste.

—Seré tu cita, Marta, por supuesto.

Se me acercó y me acarició la mejilla donde corría una lágrima que no sé cómo logré sacar de mis ojos. No sabía que fuese tan buena actriz. A veces me sorprende yo misma de mis talentos escondidos.

—Ya regreso —me dijo besándome la frente.

Arturo se retiró de la sala y fue a cambiarse. En ese momento busqué la comida y la serví en los platos que ubiqué en los asientos para que el aroma del asado se apoderara de él. Moría de la emoción, y creo que estaba tan cachonda que ya estaba mojada solo pensando en que mi plan estaba funcionando por completo.

Regresó a los pocos minutos Arturo vestido con un traje negro y una corbata roja. Su cabello estaba perfectamente peinado. Posó sus ojos sobre mi escote, lo sé. Se me acercó y besó mi mano. Acto seguido, me sonrojé mucho más que antes.

—Señorita Marta, ¿me concede el placer de sentarme con usted a disfrutar de esta cena tan maravillosa que ha preparado para nosotros en esta velada?

—¡Señor Arturoooo! —exclamé altamente excitada.

Era precisamente la clase de juego de rol que estaba proponiéndole desde un principio. Sin haberle dicho nada, Arturo se transformó exactamente en lo que deseaba: el señor Arturo.

—Por favor, permítame tener el placer de escuchar el “sí” que tanto anhelo, saliendo de sus dulces labios, señorita Marta.

—Sí, señor Arturo.

“Mil veces sí”. Era una ridiculez, pero cómo me tenía atrapada en sus palabras este tío.

Arturo tomó la botella de vino que estaba en la mesa y la colocó entre nuestros asientos y colocó las copas junto a nuestros platos.

—¿Me permitiría servirle un poco de este Pinot Noir en su copa, señorita Marta?

—Por supuesto, pero le pido por favor que no me diga así. Dígame “lindura”. Me encanta cómo se escucha cuando me lo dice usted.

—Es que le sienta de maravilla, lindura.

Arturo tomó la botella y sirvió el vino en mi copa y luego se sirvió un poco en la suya. Luego se sentó en su silla y alzó la copa.

—¡Brindemos!

—Seguro, señor Arturo, ¿por qué brindaremos?

—Por ti y por tu futuro.

—¿Y el suyo, señor Arturo?

—Yo soy un anciano ya, lindura.

—No diga eso, señor Arturo. A usted le queda mucho futuro todavía. Estoy segura de eso.

—Eres muy dulce, lindura. Brindemos entonces. ¡Por ti y por nuestros futuros!

—Y por usted también, señor Arturo —dije brindando con las copas y luego bebiendo un poco.

Arturo tomó los cubiertos y comenzó a picar el asado. Yo no había comenzado a comer porque estaba muy distraída viendo lo que hacía él.

Tomó un pedazo de carne y un poco de la papa con su tenedor, y lo llevó a su boca. Ví cómo su expresión se cambió de un momento para otro. Su placer por el sabor se hacía notar en su rostro, hasta que me vio y notó que no había tocado mi comida.

—¿Qué pasa, lindura? ¿Por qué no has comenzado a comer?

—Ah, disculpe, señor Arturo. Me distraje un poco viendo cómo comía usted.

—¿Por algún motivo en particular? ¿Ha envenenado el asado?

—¡No! ¿Cómo me creería capaz de eso, señor Arturo? —le pregunté simulando indignación, sabiendo que se trataba de algún chiste de su parte.

—No, no... No lo decía en serio, lindura. Yo quería decir que...

—No se preocupe, señor Arturo —le dije sonriendo—. Yo sé que usted estaba bromeando.

—Me imagino que sí, pero comienza a comer, lindura. De verdad que el asado te ha quedado fenomenal.

—Muchísimas gracias, señor Arturo. Es usted muy amable.

—No, lo que soy es sincero. Y déjame decirte que no sé qué está más bueno.

Eso último que dijo me dejó impresionada. No esperaba que subiera de tono la conversación tan pronto.

—Si las papas o el asado.

Ah...

—Entonces le agradezco mucho su sinceridad, señor Arturo. Me hace pensar que usted es aún más amable.

Quizás si lo embriagaba un poco más no tendría miedo de ponerse más directo. Sé que estaba deseoso. De vez en cuando lo atrapaba mirando hacia mi escote, y ya sabía que mi comida lo tenía hipnotizado.

El único veneno que hace falta para apoderarse de un hombre es ese... una excelente comida bien condimentada. Terminamos de comer y le pregunté a Arturo si quería comer un poco más.

—¿Un poco más? ¿Se puede?

—Claro, señor Arturo. Claro que se puede. Y sirva un poco más de vino. Ya le traigo otro plato.

Tomé su plato y fui a la cocina a servirle un poco más de asado con papas horneadas. Suspiré un segundo y me vi en un espejo que estaba allí. Seguía tan hermosa como me había visto hace un rato. La victoria estaba próxima.

Volví al comedor y ya Arturo había servido el Pinot Noir en las copas. Sus ojos al verme se fijaron de nuevo en mi escote y yo sonreí, sabiendo que él no notaría mi sonrisa por estar viendo a donde quería que dirigiera su atención.

—Qué hermoso sonríes, lindura, y más aún cuando me traes otro plato de esta delicia que has preparado.

—Qué adulador, señor Arturo.

¿Será que sí había visto mi sonrisa? Le coloqué el plato en la mesa y me senté en mi silla. Alcé la copa una vez más y propuse un nuevo brindis.

—Brindemos de nuevo.

—¿Por qué brindaremos ahora, lindura?

—Brindemos por esta noche, porque es una noche maravillosa y aún es joven.

—Joven como tú. ¡Salud!

—¡Salud! —dije chocando la copa con él.

Bebí toda la copa en un solo sorbo y noté cómo Arturo se me quedó viendo impresionado por el acto irracional que había cometido.

—¡Joder! ¿Te gusta el vino, lindura?

—Me encanta. Cosecha 54.

—¿54? Yo nací en ese año.

—No me extraña, señor Arturo.

—¿No te extraña?

—Sabía que este vino no sería la única cosa buena del 54.

—¿Qué te ha hecho tan encantadora, lindura?

—Usted, señor Arturo. Me tiene encantada.

—¿En serio?

—Claro, señor Arturo. Usted tiene algo que no podría conseguir en los tíos de mi edad.

—¿Los años? —me dijo riendo.

—No exactamente. Yo hablo de la experiencia.

Arturo, que estaba bebiendo de su copa, se atragantó un poco.

—¿La experiencia? ¿Cuál experiencia exactamente?

—Usted sabe, señor Arturo.

Siguió comiendo del asado tratando de apresurarse y bebió un poco de vino vaciando la copa.

—Deje que sirvo la próxima copa yo —le dije.

—¿Otra? —me preguntó.

—Claro, señor Arturo. ¿Cómo no disfrutar de este excelente vino en esta bella velada?

Sentí cómo se sentía presionado a proseguir. Mis juegos de manipulación estaban funcionando a la perfección. Serví de nuevo el vino en las copas y dejé caer un poco en el pantalón de Arturo... digamos que por accidente.

—¡Ay! Disculpe, señor Arturo. Espere un segundo que lo limpio yo misma.

—No, no.... Tranquila, lindura. Yo me encargo —me dijo en un tono nervioso.

Antes de que se encargara él, tomé un paño, me arrodillé junto a él y le limpié el pantalón. Era necesario que lo hiciera yo en ese momento para poder acariciar su pierna y hacerle una insinuación más directa.

Estuve ahí un momento y efectivamente logré remover el vino de allí. Al terminar, alcé mi mirada sin quitar mis manos de su pierna y lo vi a los ojos para ver qué hacía.

—Listo, señor Arturo —le dije sonriendo y levantándome del suelo.

—Gracias, lindura. Qué encantadora eres.

—Brindemos, señor Arturo.

—Vas a embriagarte, lindura.

—No importa, señor Arturo. Estoy en mi casa. No habrá problemas para conducir y regresar. Brindemos por el amor.

—¿Por el amor?

—Claro, señor Arturo, pero esta vez ¡tómese toda la copa!

Arturo ya había vaciado el plato y solo quedaba el vino entre nosotros. Ya no sabía si iba a poder traer la tartaleta de fresa... pero no dejaría que se perdiera. Sería muy triste no comerla. ¡Además era el primer postre!

—Está bien —me dijo riendo y dejándose llevar.

—¡Salud!

—¡Salud!

Ambos bebimos la copa completa y me levanté rápidamente de la mesa sin decir una sola palabra.

—¿Estás bien, lindura? ¿A dónde vas? —me preguntó.

—Ya regreso. No pasa nada malo.

Busqué la tartaleta de fresa y la llevé con mucho cuidado a la mesa con un cuchillo para picarla y dos platos pequeños para que pudiéramos servirnos.

—¿También hiciste una tartaleta de fresa y el gilipollas este no vino a cenar contigo?

—¿Qué le puedo decir, señor Arturo? No hablemos de eso, por favor.

—Me extraña que no tengas novio, lindura. Cualquier hombre desearía a una mujer tan maravillosa como tú. Eres preciosa, tienes un excelente gusto, eres millonaria, cocinas jodidamente bien... Si no tuviera la edad que tengo...

—¿Qué cosa, señor Arturo?

—Nada, lindura. Nada.

—¿Qué iba a decir? Dijo “si no tuviera la edad que tengo”... y se quedó callado.

—Nada, lindura.

—Me está mintiendo, señor Arturo, pero sé que dirá lo que tiene que decir cuando pruebe la tartaleta... o si no cuando beba la próxima copa de vino completa.

—No vamos a tomar más vino, lindura.

—Pero señor Arturo... ¿cómo espera que me sienta después de que ese tío me dejó abandonada aquí? Y luego apareció usted a alegrarme la noche con su buen humor, su simpatía y su belleza.

—Lindura...

—Bebamos, señor Arturo.

Le serví otro trago a Arturo y me serví a mí también para realizar el cuarto brindis. Vi en sus ojos un poco de preocupación al ver cómo llenaba las copas. No sé si por el bienestar de su pantalón, nuestra salud... o por mi victoria inminente.

—¿Por qué brindaremos ahora, lindura?

—Por el lunes de la semana pasada y por este momento nuestro.

Arturo se puso pálido y dejó su copa alzada, pero su expresión de miedo era auténticamente descifrable. Lo sabía. Sí me vio masturbándome.

—¡Salud! —dije sonriendo con picardía.

—¿Qué pasó el lunes de la semana pasada? —me preguntó y sabía que estaba intentando hacerse el idiota.

Bebí mi copa y me abalancé sobre la mesa para hacerle tragar el vino a Arturo apresuradamente. Luego me senté en sus piernas dejándole mis pechos en su rostro.

Bajé mi cabeza un poco para susurrarle al oído y le dije: “No se haga el santo, señor Arturo”. Tomé su cara y lo besé acaloradamente. Al principio se resistió, pero pronto se dejó llevar y hasta llevo sus manos a mi culo para apretar mis nalgas.

—Uhmhhh... Sabía que no había sido un error.

—Lindura...

—Shhhh —le dije y lo volví a besar —. ¿Por qué no se apodera de esta jovencita, señor Arturo? Estoy segura de que se muere por follarme.

Arturo me dio una nalgada y yo gemí. Era exactamente lo que quería. Sabía que Arturo en verdad quería dominarme, pero se lo traía bien escondido. Estoy segura de que esa es una fantasía común en muchísimos militares. El poder siempre está allí tentándolos, llamándolos a actuar.

—Lindura, ¿y las tartaletas? —me preguntó

—¡Cierto! Deberíamos comerlas antes de...

—Pensé lo mismo.

Detuvimos nuestro frenesí y comimos tan rápido como pudimos las tartaletas de fresa. Luego llevé la tartaleta completa al refrigerador y dejé los platos en la cocina para lavarlos después.

—¿Por dónde íbamos? —le pregunté.

Arturo me tomó en sus brazos y me echó contra la mesa del comedor. Allí me besó el cuello y me susurró al oído todo lo que había estado pensando estos días.

—Me moría por follarte, lindura. Desde ese momento tan maravilloso en que te vi masturbándote en tu habitación.

—¿No escuchó lo que decía mientras me masturbaba, señor Arturo?

—No, solo escuchaba tus gemidos y también me estaba masturbando.

—¿Se estaba masturbando mientras me veía allí, señor Arturo? ¡Qué perverso!

—¿Y tú qué decías, lindura?

—Decía su nombre, señor Arturo.

Arturo me mordió el lóbulo de la oreja y gemí una vez más.

—¡Ah! Señor Arturo.... domíneme... Aduéñese de mi cuerpo. Soy toda suya esta noche... y las noches que vengan.

—Haré que te corras como nunca, lindura.

—Sí, señor Arturo... ¡Sí!

Me levantó para quitarme el vestido y vio mi ropa interior con encajes. Dejó al descubierto mis pechos pronto y yo me sonrojé. Se acercó a lamermme y chuparme los pezones. Los acarició y los pellizcó para escucharme gemir.

Yo dejaba que se apoderara de mi cuerpo; quería que él me hiciera todo lo que quisiera. Me excitaba saber que él me dominaba. El hombre que se está quedando en mi casa.

—Y el gilipollas que venía no existe, ¿verdad?

—No, señor Arturo... La cena era para usted.

—Qué lindura eres. Tenías todo un plan para que te follara. ¿Y me dices pervertido a mí?

—Cállese, señor Arturo. Cállese y siga jugando con mis pezones... que me encanta —gemí de nuevo.

Tan pronto vi conveniente hacerlo me arrodillé y comencé a sobar el pantalón de Arturo para sentir su polla a través de la tela. Estaba dura ya, así que le bajé el cierre sin quitarle el pantalón ni desabrocharle la correa.

Sabía que tenerlo tan apretado saliendo por su cierre haría que le excitara aún más. Ya lo había hecho con un tío y se corrió en un momento nada más. Bueno, eso sin contar mi talento.

La saqué por allí y me encontré con una polla muchísimo más grande de lo que imaginaba.

—Señor Arturo, es muy grande.

—Eso es lo que ocurre cuando no sabes en los problemas que te estás metiendo, lindura. Tienes que tener mucho cuidado porque... ahhh —decía hasta que lo interrumpí cuando me metí su polla en la boca.

Lamí toda la polla y traté de sacar del pantalón sus huevos también para poder realizar un, ¿cómo decirlo? Servicio completo.

Me costó un poco por el tamaño del cierre, pero tan pronto logré admirar la forma completa de su pene comencé a chupar sus huevos mientras frotaba la polla de arriba hacia abajo y lo escuchaba volverse loco. Seguramente no se imaginaba que una tía como yo sería tan dedicada en estos actos tan bajos.

Me encanta vivir lejos de las estimaciones de otros, del prejuicio... pero sobre todo me encantaba estar chupándole la polla a Arturo. Me preparé para lo más complicado, llevar todo el pene hasta el fondo de mi garganta.

Hasta donde podía llegar naturalmente, porque su abdomen no permitiría más. Por un momento no me creí capaz, pero lo tomé como un reto, y no hay nada que me llame más la atención que saber que puedo superar un reto.

Comencé a chupar, aumentando poco a poco la distancia y ya sentí como se agitaba su polla deseosa

de llenarme de leche; de eyacular en mi garganta y estaba decidida a tragarla toda. Arturo me agarró la cabeza y me empujó hacia el fondo su polla, tosi un poco al sentirme atragantada y eyaculó.

Lo miré con sumisión y sacó su pene de mi boca. Respiré y tragué todo lo que me había dejado allí. Era mi premio por mi gran esfuerzo. Así me gustaba verlo.

—Ven aquí, lindura —me dijo tomándome en sus brazos de nuevo.

Me cargó buscando llevarme a su habitación, pero yo tenía un plan más entretenido y que sabía que le excitaría más.

—No, señor Arturo. Lléveme a mi habitación. Así podrá conocer todas las habitaciones de esta casa a fondo.

—Bien a fondo las quiero conocer, lindura.

Arturo abrió la puerta de mi habitación y me abalanzó contra mi cama. Me bajó las bragas y se dirigió a hacer mi cosa favorita en el mundo. Comenzó a chuparme el coño con una destreza tan maravillosa que solo podía ser un talento de un hombre como él.

Era como si estuviera realizando alguna obra de arte con su lengua en mi vagina. Como si esculpiera la obra más maravillosa con sus labios en mis labios... qué divino.

—Señor Arturo, ahhh... Abra el cajón de la mesita que está allí y saque mi vibrador. Juegue conmigo, señor Arturo.

Él me hizo caso y abrió el cajón que le indiqué. En sus manos mi vibrador, que me había satisfecho en otras ocasiones, se veía amenazante, más poderoso... como si tuviera verdaderas intenciones de dominarme, a pesar de ser solo un consolador muy particular.

Lo acercó a mi coño y tan pronto lo sentí tocar mis labios, gemí y mis piernas comenzaron a arquearse. Las vibraciones hacían que cada fibra de mi piel sintiera el deleite que la fuerza de Arturo imprimía sobre mí.

Sentía como mi excitación ascendía rápidamente por la sensación de estar allí con él y por estar expuesta a tal nivel de placer sexual.

Arturo, en ese momento, cometió una locura; insertó el vibrador en mi coño haciéndome sentirlo bien adentro.

—¡No! ¡Señor Arturo! ¡Noooo! —grité, gemí y me corrí llenándolo de mis fluidos que parecieron alegrar bastante a Arturo.

Me sonrió y sacó el vibrador de mi vagina. Lamió todo lo que había quedado en mis piernas y mi abdomen y luego me besó.

—Así sabes, lindura —me dijo tan pronto terminó nuestro beso.

—Fólleme, señor Arturo.

—No, lindura. No te voy a corromper hasta ese punto.

—Por favor, señor Arturo. Se lo suplico. Yo soy toda suya.

—Duerme, lindura. Ya he hecho bastantes cosas de las que me arrepentiré mañana. No sé con qué cara veré a tu padre cuando vuelva.

Arturo salió de mi habitación y supe que no tenía caso suplicarle más. Sentí que había cometido un gran error por haberlo llevado hasta ese punto. Qué extraña sensación, después de tanto placer.

ARTURO IV

El cuadro y la realidad

Desperté con un poco de resaca y pensando en lo que había ocurrido anoche. No quería salir de mi habitación sabiendo que Marta estaría allá afuera ansiosa porque me la follara... Aunque bueno, quizás en la noche también lo habrá pensado bien. No era sensato lo que habíamos hecho y sentía una voz que me decía que Arturo se molestaría conmigo tan pronto se enterara.

Pero otra voz me decía que era absurdo pensar eso, porque no habría manera de que él se enterara a menos que Marta o yo le dijéramos lo que había sucedido; y eso sinceramente era bastante improbable.

Suspiré y miré al reloj despertador de la habitación. Decidí encender la radio y escuché a un locutor hablando de lo glorioso que era este día, que no olvidáramos el milagro de la vida, disfrutáramos cada momento y sobre todo que no nos arrepintiéramos de las cosas. De pronto comenzó a sonar esa trompeta de entrada a una canción de Edith Piaf que tenía muy bien fijada en la mente.

Non, rien de rien... Non, je ne regrette rien...

La escuché completa y creo que salí de la habitación decidido. Jamás creí que un programa de radio tan idiota me convencería de sentirme mejor con respecto a mi situación sentimental, aunque creo que podría darle todo el crédito al tío al que se la haya ocurrido poner la canción de Edith Piaf.

No vi a Marta en mi camino a la cocina. Por un momento supuse que seguía dormida, o que quizás se sentía como yo me había estado sintiendo hasta hace unos minutos.

Debo admitir que disfruté mucho esos momentos de intimidad con la hija de Vicente. Tanto deseo que llevaba encima ella. Tanto deseo que llevaba encima yo. Creo que no me la follé porque me quedaba una pizca de moral aún bajo esas capas de vino y cachondez.

Me parecía vil penetrar ese delicado cuerpo con la fuerza que planeaba hacerlo. No me perdonaría ser tan desmedido con una escultura como ella. Era Galatea, y yo tenía miedo de romper la roca preciosa de la que estaba hecha Marta.

Siempre he creído que el sexo es un acto de suprema sublimación del amor y del deseo. Sentía que no conocía a Marta lo suficiente como para penetrarla, pero sinceramente lo que más me detenía era saber que ella era la hija de Vicente. No era por el hecho de que se enterara en algún momento, porque eso no sucedería.

Lo que me preocupaba era que no sabía cómo podía ver a mi amigo sabiendo lo que había hecho con su hija sobre la mesa de su comedor y en la habitación de su hija, que esconde un vibrador en uno de sus cajones de esos muebles de madera que tú mismo hiciste a mano y con tanto amor porque eres un padre muy dado al arte, así como tu hija es una artista del sexo... No podía con eso, pero tampoco podía estar viviendo en el arrepentimiento.

Decidí que era buena idea conversar con Marta para que recuperáramos la comodidad y la confianza; además quería que quedara claro que lo de anoche había sido una locura de parte de ambos y que no podía volver a ocurrir.

Por tanto, preparé el desayuno esta vez yo; hice unos sándwiches de queso blanco y jamón de pavo. Nada excesivamente complejo para no tardar demasiado. Los pasé por la tostadora y fui a la puerta de la habitación de Marta a buscarla. Toqué un par de veces.

—Marta —le dije.

—Arturo —la escuché desde adentro.

—Buenos días, Marta. Baja a desayunar. Te preparé algo.

—Iré de inmediato —me dijo.

Me senté en la mesa que está en la cocina y vi los platos sucios aún en el lavabo. Después de lo de anoche, ninguno de los dos se había interesado en limpiar el desorden. Claramente, no habían intenciones de asear eso.

Un minuto después apareció Marta en su pijama y se sentó frente a mí, donde había colocado su plato con el sándwich.

—¿Cómo te sientes, Marta?

—Pues, tengo un poco de resaca.

—No puedes beber vino así, Marta. Es demasiado fuerte.

—Pero estaba delicioso.

—Claro, era un Pinot Noir.

—¡Del 54!

—Sí, del 54, Marta. Escucha; está mal lo que hicimos anoche.

—Estuvo demasiado bueno. Lo único que estuvo mal fue que no terminaste lo que habías comenzado, Arturo.

—No, ese fue el impulso de sensatez que le hacía falta a nuestra velada. ¿Te das cuenta de que te aprovechaste de mí?

—¿Y qué? ¿Me vas a acusar de violación?

—¿Qué te pasa, Marta?

—No sé, Arturo. No entiendo por qué no me follaste. Me haces sentir rechazada —me dijo casi llorando.

—No me vas a manipular de nuevo, Marta.

—Pero...

—Nada que ver. Tu padre regresa mañana y no puede enterarse de lo que hicimos tú y yo, ¿entendido?

—¿Por qué habría de enterarse? Yo creo que deberíamos aprovechar el tiempo que nos queda antes de que llegue y divertirnos por completo. Tenemos la casa para nosotros solos y yo sé que hay muchas habitaciones que te llaman la atención, Arturo.

—No, Marta. Piensa bien en lo que me estás proponiendo. Recuerda que yo soy un amigo de tu padre y tengo al menos 30 años más que tú. Nos vemos más tarde; cuando hayas pensado mejor las cosas, jovencita.

Me levanté de la mesa con el sándwich y me serví un poco de la tartaleta de fresa del refrigerador. Luego me fui hacia el comedor a revisar el estado del sitio. Estaban en el suelo alfombrado el vestido rojo y el sujetador negro con encajes.

Los tomé del suelo y por un reflejo los olí. Tenían el perfume de Marta, pero también pude sentir debajo del dulce aroma de su fragancia, la esencia de su piel; ese olor natural y excitante que provoca a los hombres.

Llevé ambas cosas a la cocina y se los dejé a Marta quien seguía allí desayunando, y creo que alucinando un poco por el estado de su resaca.

—Y recuerda lavar esto también. No podemos ser tan descuidados —le dije.

Me fui de nuevo a mi habitación y pasé todo el día allí viendo cualquier porquería que pasaran en la TV. Solo bajé para ordenar una pizza que me comí sin compartir con Marta.

No debía estar con ella hasta que regresara Vicente. No sabía con qué me podía incitar... y bueno, sé que hay maneras de convencerme. Sobre todo sabiendo lo que había ocurrido la noche anterior.

Dormí y soñé con ella. Un sueño verdaderamente cargado de sexo. Traté de despertarme porque estaba consciente durante él y consideraba que no era buena idea entrar en el mundo onírico en ese plan, al menos en ese momento en que me encontraba.

Ya Vicente volvería mañana en la tarde y no podíamos andar con locuras como esa. Sería más difícil esconder lo que había ocurrido, y además, no estaba bien. No estaba bien.

Volví a dormir y soñé exactamente lo mismo. Me desperté en la madrugada preocupado y me puse a caminar por la casa. ¿Qué había hecho para merecer esto? No era un castigo, pero se sentía como tal. De hecho, no me imaginaba algo más placentero que lo que había ocurrido, pero... joder...

Caminé por el pasillo de los cuadros y vi cada uno de los retratos detallándolos poco a poco. Cuando llegué al de Sara, la esposa de Vicente, vi los mismos ojos con los que me había visto Marta anoche; sobre todo cuando me estaba chupando la polla con una dedicación sorprendente.

¿Será eso lo que enamoró a Vicente de Sara en su momento? No dudo que Sara fuese muy diferente a su hija.

Era encantador ver cómo los colores del cuadro se asemejaban tanto a los colores que componían a la imagen real de Marta, al menos. Los detalles eran excesivamente conmovedores; era excitante pensar la situación en la que Vicente habrá pintado ese cuadro. Yo no soy un pintor, pero por un momento pensé...

—Es muy lindo el cuadro, ¿verdad?

Era la voz de Marta, que también estaba allí en el pasillo, pero no había visto.

—¿Marta? Joder, ¿me quieres matar de un infarto?

—No, Arturo. Tú sabes qué es lo único que yo quiero ahora.

—Marta.

—Sé que has venido en esta noche a ver ese cuadro del pasillo porque estás pensando en mí. Soy demasiado parecida a mi madre como para que no me veas allí observándote deseosa.

Estaba tan clara de todo que me asustaba. Sus ojos me veían con la misma intención que los del cuadro. No pude soportarlo ni un segundo más. Era muchísimo más fuerte que yo. Debe ser su juventud, sus tetas, sus lunares, su deseo de ser dominada... ¿por qué seré tan débil?

Ese deseo de ser dominada que tenía ella terminaba dominándome a mí; era la clásica paradoja del poder. Muchas veces ha pasado que el pueblo cree ser gobernado por un hombre... y en casos más puntuales, una mujer... al que llaman presidente, rey, primer ministro o lo que sea, pero es ese hombre el que es gobernado por el pueblo.

—¿Qué propones tú, Marta?

—Ah, ¿ya no vas a seguir con tu mentira?

—No, Marta. No seguiré inventando que no tengo ganas de follarte. Es verdad. Me muero por follarte.

—Mañana a las dos de la tarde en la habitación de mi papá.

—¿Qué?!

—Así como me escuchaste, Arturo.

—Pero tu papá llega a las tres de la tarde. ¿Solo una hora?

—Y será la mejor hora de nuestras vidas, señor Arturo.

Marta se fue a su habitación y yo me fui a la mía a intentar seguir durmiendo, pero la verdad es que no pude dormir ni un poco en lo que restó de la madrugada... ni en el día. Eran las ansias de follármela junto con la locura a la que había accedido a hacer. Vicente nos encontraría juntos en su cama mientras yo esté metiéndole mi polla con fuerza a su hija.

Solo pensar en eso me angustiaba, pero también me generaba una curiosa sensación de que me llenaría de placer ese riesgo tan sabroso al que nos íbamos a exponer. Como salir a un campo de batalla y saber que uno puede morir en cualquier momento.

Pasaron las horas y ya eran casi las dos de la tarde. Me acosté en la cama de Vicente y la esperé por unos minutos. Mi polla ya estaba arriba. Estaba demasiado excitado por el riesgo que todo esto implicaba y tan pronto la vi con dos colitas sujetando su cabello, vestida con una falda azul y una camisa blanca, supe que ella estaba preparada para lo más fuerte.

—Señor González, quisiera hablar sobre mi calificación en el examen.

—Lindura, ¿de qué hablas?

—Sígueme el juego, Arturo... Yo sé que te gustará.

—¿Cuál es su nombre, señorita?

—Marta.

—¿Marta qué?

—Marta Hierro.

—Ah, pues aquí veo que usted reprobó el examen, señorita Hierro.

—Sí, señor González... Quería que no fuese así.

—¿Y cómo espera que eso cambie, señorita?

—No lo sé —me dijo y me echó contra la cama y sentándose en mi rostro.

Noté que no llevaba bragas. Estaba demasiado preparada para lo que venía. Comencé a chupar su coño y follarla con mi lengua. Ya estaba tan mojada que era impresionante. Era como si hubiera pasado horas lubricándose para este momento tan particular.

Se volteó hacia mis piernas y sacó mi polla de mi pantalón. La metió en su boca y supe que ya no había vuelta atrás.

—No, señorita Hierro. Venga aquí un momento.

Aparté mi rostro de su coño y la levanté para llevarla directamente a donde sé que quería estar... Ambos queríamos eso. La penetré con mi polla y soltó un gemido parecido al del momento de clímax de dos noches atrás.

Ella tomó el poder y comenzó a moverse sola. No dejando que yo hiciera nada. Se quería encargar de darnos placer a los dos.

Desabroché su camisa y dejé al descubierto sus tetas tan hermosas. Las agarré mientras ella se movía rápida y habilidosamente con mi polla bien adentro de su vagina. La volteé y alcé sus piernas para que quedara por completo bajo mi poder mientras la aferraba a mí por completo.

—Señor González... Su polla es increíble.

—Y usted es una obra de arte más de esta casa, señorita Hierro. Estoy encantado.

—Ahhhh, sí, señor González, fólleme. Hágame toda suya antes de que llegue mi padre.

Eso hizo que la follara con más fuerza. La solté y la coloqué en cuatro patas para poder dominarla como tanto lo deseábamos ella y yo.

Sentí como su coño apretaba mi polla, como si estuviera buscando hacerme sentir cada vez más a gusto; era un espacio acogedor, caliente y tan... ahh... joder. Le di una nalgada y ella gimió.

—Sí, señor González. Me he portado muy mal y he reprobado. Necesito aprender mi lección.

Metí mi dedo en su culo y se volteó con su rostro lleno de picardía, de deseo pero también de muchísimo miedo, quizás con la misma expresión que la de Sara en el cuadro del pasillo.

—Señor González... ¿Va a entrar allí?

—Tengo un gran deseo de hacerlo, pero no quiero hacerle daño, señorita Hierro.

—Pero... yo también quiero que lo haga. No sería la primera vez, pero... le advierto que soy muy sensible y no es muy buena idea que manchemos la cama de mi padre.

No había terminado de hacerme la advertencia y ya había metido mi polla en su pequeño y apretado culo. Joder, era tan ajustado que sentía que me iba a correr de inmediato, pero ella se corrió mucho antes que yo; sobre todo porque mientras follaba su ano, estaba frotándole el clítoris para provocarla.

Quería que mojara las sábanas de la cama de su padre. Ya no tenía miedo del peligro. Me había entregado por completo al acto sexual. Ese peligro hacía que todo fuera aún más placentero.

Follamos y follamos como si tuviéramos más tiempo que solo una hora. Sentí como pasaban los minutos y todo el placer se acumulaba acoplándose con la enorme cantidad de deseo sexual que habíamos reprimido.

Sentí como si hubieran pasado tres o cuatro horas con Marta, allí en la cama de mi amigo y aún no llegaba Vicente.

VICENTE IV

Todo bien

Era hora de regresar. Ya estaba cansado de ese viaje de mierda. Por lo menos había logrado resolver el asunto de la aseguradora, pero me moría de ganas por volver a dormir en mi casa.

Era una desgracia que me interrumpieran los días que estaba pasando con mi amigo Arturo, aunque tenía una extraña seguridad de que Marta le había acompañado y había sido muy servicial con él. Algo me decía que era totalmente así y que no podía ni dudarle.

El vuelo además se había tardado tres horas más de lo esperado, por una falla en el avión que nos llevaría... y eso que era un vuelo nacional. No me imagino si me hubiese tocado hacer un viaje internacional.

Llamaba a Marta a su teléfono, pero no me contestaba. Era extraño. No entiendo cómo cada vez que la veía, ella andaba con su teléfono y justo ahora que la estaba llamando no era capaz de responder al móvil.

—Aló, papá... ahhh —me contestó finalmente.

—Hija, estoy en el aeropuerto de Barajas. El vuelo se había retrasado tres horas más de lo previsto, pero ya voy en camino para la casa.

—Uhm., ahhh... Está bien, p-papá.

—¿Pasa algo, Marta? ¿Qué estás haciendo?

—Estoy en la... ahhh... en la... ahhh... la caminadora. Haciendo ejercicio.

—Ah, está bien. Te dejo para que sigas haciendo ejercicios. Debe ser muy incómodo correr con el teléfono en la mano.

—Un poco sí... ahhh... uhm, sí.

—Chao, hija. Avisale a Arturo también. No se te vaya a olvidar.

Colgué el teléfono y proseguí a buscar un taxi. Era extraño que Marta estuviera haciendo ejercicio en la máquina caminadora, pero bueno, supuse que se trataba de una repentina necesidad de hacer ejercicio.

Ahora también está bastante de moda que la gente haga ejercicio. Todo el asunto del fitness es un negocio también. ¿Cómo inventan tantas estupideces?

Hallé un taxi después de estar, por lo menos, veinte minutos esperando. Le dije la dirección al conductor y me moría por quedarme dormido en el coche, pero el tío comenzó a hablarme.

—¿Usted es millonario?

—¿Qué clase de pregunta es esa para comenzar una conversación?

—Respóndame, le juro que no soy un secuestrador.

—No me genera nada confianza que me pregunte eso y luego salte directamente a decir que no es un secuestrador.

—Disculpe, señor Hierro.

—¿Cómo sabe mi apellido?

—Porque usted es un héroe, señor Hierro. No solo participó en varios enfrentamientos militares de manera excelente, sino que también fue un gran amigo y ahora es un empresario bastante exitoso.

—¿Un gran amigo de quién?

—De mí. Quizás no me recuerde, señor Hierro, pero soy el coronel Alba.

—¿Carlos? ¿Carlos Alba? ¡Joder!

—Sí, yo mismo. Cuánto tiempo, ¿no?

—Ahora que te veo, sí, me doy cuenta que eres tú. Solo que veinte años más viejo, jaja.

—Podría decir lo mismo de ti, Vicente.

—¿Qué haces manejando un taxi, Carlos?

—Bueno, Vicente... No a todos nos han salido las cosas tan bien como a ti.

—¿Por qué no vienes un día de estos a casa? Hasta este fin de semana estará Arturo González en mi casa.

—¿Arturo? Joder, ¿sigue vivo?

—Hierba mala nunca muere, Carlos —le dije riendo.

Ambos reímos y seguimos conversando por buena parte del viaje. Le comenté que estos días había tenido que hacer ese viaje a La Coruña y que había dejado a Arturo con Marta.

—¿Dejaste a Arturo con tu hija de 21 años?

—Sí, Arturo es un hombre serio y mi hija es un ángel. Jamás pasaría algo como lo que te estás imaginando.

—Bueno, si tú lo dices, Vicente. Yo no dejaría a mi hija ni a ninguna mujer con González. Ese tío siempre ha tenido un talento para meterse en las piernas de cualquier mujer... y dicen algunos que de hombres también.

—¡Tonterías! Yo conozco a Arturo mucho más que tú y sé que sería incapaz de semejante cosa. No se lo permitirían sus valores humanos.

—Vale. Supongo que tienes tus motivos para pensar eso.

—¿Y qué tal el franquismo en tu casa?

—Ah, ya nos dejamos de eso, tío. Ya pasó.

—¿Ya se dejaron de eso? ¿Era una moda acaso?

—Tío, tienes que estar consciente de que todo lo que hicimos... no estuvo tan bien como creímos en

ese momento.

—Ah, por favor... Todas las guerras requieren de sacrificios y nosotros hicimos solo los necesarios.

—Ten cuidado con esa mentalidad Vicente. Hay mucha gente que nos odia a los ex franquistas y si tú vas por ahí diciendo esas cosas te puedes buscar unos cuantos enemigos.

—Tranquilo, Carlos. Yo no ando diciendo por ahí eso. El que sí lo ha hecho es Arturo. Me contó que estuvo discutiendo con un taxista por ese motivo.

—Ah, ¿era él? Mi compañero me comentó eso. Dijo que había llevado a un tío obsesionado con Franco y que prácticamente se pusieron a pelear en el coche porque mi compañero no fijaba posiciones políticas y solo hablaba de su conveniencia, pero bueno, no será el primer español que piensa así, ni el último.

Continuamos hablando por el resto del recorrido y llegamos a mi casa. Me despedí de Carlos y le iba a pagar, pero me dijo que no.

—No, Vicente. ¿Qué te parece si vengo a tu casa este fin de semana y compartimos un poco?

—¿Te estás invitando solo a mi casa?

—No, tú me has invitado mientras hablábamos. Solo te estoy proponiendo una fecha para que no se nos pase.

—Claro, Carlos —reí—. Ven el sábado y así te reúnes con Arturo también.

—¡Seguro! Que tengas buena noche.

Tan pronto Carlos me dijo eso fue que pude notar que el sol ya se estaba terminando de ocultar. Era tardísimo, yo que iba a llegar a las 3 terminé llegando a las 7. Tomé el teléfono y llamé de nuevo a Marta para avisarle que había llegado a casa, por si no estaba allí.

—Ahhhhh... —escuché tan pronto me contestó.

—¿Marta?

—¿Sí, papá? Ahhh...

—¿Sigues en la caminadora? Llevas horas ahí, hija.

—He descansado también... uhm... ahhh, sí.

—¿Segura que está todo bien?

—Sí, sí, sí... ahhh.

—Bueno, hija, ya estoy entrando a la casa.

Marta colgó el teléfono de golpe sin responderme eso último. A veces no sé qué le ha pasado a mi hija. ¿Qué he hecho yo para que me trate tan mal? Entré a la casa y sentí el olor divino del hogar. No hay lugar como mi casa.

—¡Arturo! ¡Marta! ¡Ya llegué! —grité.

Caminé por las habitaciones de ellos, por la sala, por el comedor, por la cocina y no estaban en

ninguna de esas. ¿Será que salieron para algún sitio? Fui al gimnasio a ver si Marta seguía en la caminadora, pero tampoco estaba allí. Entré a mi habitación y allí estaban los dos acostados en mi cama.

—Vicente, bienvenido de vuelta —me dijo Arturo.

—Qué bueno que estés por fin en casa, padre. Te estuvimos esperando.

Sus voces se escuchaban cansadas, pero supuse que ambos estuvieron haciendo ejercicio hasta hace un rato. Me alegré. Arturo siguió mi consejo y al parecer la habían pasado tan bien que estaban viendo la TV juntos... pero...

—¿Y por qué han decidido ver la TV aquí en mi habitación?

—Porque estábamos follando, papá... y ahora decidimos ver TV para que creyeras que no estábamos haciendo nada extraño.

—¿Por qué me tienes que tratar así de mal con tu cinismo, hija?

—Bueno, ¿para qué has preguntado, entonces, papá?

Sí, definitivamente Marta me había dejado bien claro de que ya estaba de vuelta en mi querido hogar.

—Iré a la cocina a preparar la cena —les dije.

—¿Pero no estás muy cansado? —me preguntó Arturo.

Arturo gritó como si le hubieran golpeado, pero no entendí qué ocurría. Quizás era una manera de demostrar su preocupación por mí.

—No, tranquilo, Arturo. Tengo ganas de preparar la cena. Nos vemos en un momento.

Bajé a la cocina y pasé por el pasillo de los cuadros. No podía dejar de poner mi mirada en el retrato que pinté de Sara. Vi bien sus ojos y recordé la primera vez que los vi así, pero luego recordé la vez en la que decidí que debía pintarlos.

Si tan solo la gente supiera lo que hacíamos tú y yo, mi querida esposa... Pero nadie leerá jamás esos diarios en mi habitación, lindura...

MARTA IV

Un secreto

Arturo ya se iba a despedir. Era momento de que se retirara de la casa, pero había algo que quería regalarle... algo que no le había dado antes, y vaya que le había dado bastante ya.

Recordar ese día en que mi padre se tardó más de lo que había dicho, era casi tan placentero como aquella tarde completa en la que los minutos se hicieron horas y follamos tanto que sentimos que jamás terminaríamos.

—Fue un gustazo estar en esta casa con ustedes —dijo Carlos Alba, un tío que, al parecer, también había ido a la escuela militar con mi papá y Arturo, pero ahora era taxista.

—Carlos, qué bueno habernos encontrado en ese taxi —dijo mi padre.

—¡Un saludo a tu familia! —le exclamó Arturo.

Se fue Alba de la casa y solo quedamos los tres.

—Qué locura como la gente deja de ser franquista de un día para otro, ¿no? —dijo mi padre.

—Bueno, es que hay que estar conscientes de que Franco hizo unas cuantas cosas que no estuvieron bien y eso claramente ha hecho que muchos españoles sientan que él fue uno de los grandes males de nuestro país.

—¿Quién coño eres y qué has hecho con Arturo González? —preguntó mi papá.

—Soy Arturo González. Solo que estos días me han hecho pensar un poco las cosas. Me conseguí con Carmen y recordé por qué habíamos terminado nuestra relación.

—¿Qué cosa con Carmen? No digas tonterías, seguro fue Marta que te convenció de que no debías apoyar a ese “hijo de puta”.

—Quizás Marta sí me convenció un poco, Vicente, pero tienes que entender que tu hija tiene unas muy buenas habilidades de convencimiento.

—Claro, se parece demasiado a su madre —dijo mi papá—. Ya regreso. No se vayan muy lejos.

Mi padre se fue a la cocina un momento y estoy segura de que había ido a servirse un poco de la tartaleta de fresa. Me quedé yo sola con Arturo y, mientras mi padre no nos veía, lo besé.

—Ya sabes que este será nuestro secreto, Arturo. Solo nuestro.

—Claro, lindura —me dijo en tono seductor.

—Hay algo más que te quería dar.

—¿Qué cosa? Recuerda que tu papá no está muy lejos —me dijo nervioso.

Le entregué un libro muy particular a Arturo esperando que lo revisara pronto y me llamara por teléfono. Sé que querrá que vaya a Cataluña en algún momento... y en Barcelona hay muchos motivos para que una joven como yo viaje. Mi papá no sospechará nada.

—¿Qué es esto?

—Cuando estés solo, revísalo.

Arturo guardó el libro con mucho cuidado en su valija, para no hacerle daño, y regresó mi padre con nosotros.

—Esa tartaleta de fresa que hiciste, Marta, te ha quedado de maravilla. ¿La preparaste por algún motivo en particular?

—Solo para honrar la visita de Arturo, padre.

—Me parece muy amable de tu parte. A veces, cuando no eres tan odiosa, me recuerdas a tu madre.

—Es que nos parecemos tanto, ¿verdad, Arturo?

—Supongo.

—¿Qué va a saber Arturo si no la conoció?

—Pero me conoció bien a fondo a mí, padre.

—Bueno, es distinto —dijo Arturo.

—Sí, también creo que mi hija está hablando tonterías. No le prestemos mucha atención, Arturo.

Ambos rieron y yo también reí sabiendo que mi papá no tenía idea de nada.

—Bien, Arturo, ¿te llevo al aeropuerto? —preguntó mi padre.

—Está bien, Vicente.

Nos despedimos dándonos un abrazo y me acerqué a su oído para susurrarle que no olvidara revisar el libro. Me sonrió y me dijo que lo revisaría. Sé que lo hará.

—Nos veremos de nuevo, Arturo —le dije.

—Nos veremos, Marta.

Salieron por la puerta ambos y vi por la ventana cómo el coche de mi padre se llevaba a Arturo. Y en la valija iba el diario en el que mi papá había dejado registro de sus aventuras sexuales con “lindura”, mi madre.

Será una sorpresa hermosa para él... y para mi papá también si se llega a enterar de que el diario no está en su lugar. Qué bien se siente tener un secreto.

NOTA DE LA AUTORA

Si has disfrutado del libro, por favor considera dejar una review del mismo (no tardas ni un minuto, lo sé yo). Eso ayuda muchísimo, no sólo a que más gente lo lea y disfrute de él, sino a que yo siga escribiendo.

A continuación te dejo un enlace para entrar en mi lista de correo si quieres enterarte de obras gratuitas o nuevas que salgan al mercado. Finalmente, te dejo también otras obras — más o de otras personas — que creo serán de tu interés. Por si quieres seguir leyendo.

Nuevamente, gracias por disfrutar de mis obras. Eres lo mejor.

[Haz click aquí](#)

para suscribirte a mi boletín informativo y conseguir libros gratis

¿Quieres seguir leyendo?

Otras Obras:

[J*did@-mente Erótica](#)

[*BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario*](#)
[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

[La Celda de Cristal](#)

[*Secuestrada y Salvada por el Mafioso Millonario Ruso*](#)
[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

[Reclamada](#)

[*Tomada y Vinculada al Alfa*](#)
[— Romance Oscuro y Erótica —](#)

“*Bonus Track*”

— *Preview de “[J*did@-mente Erótica](#)”* —

Esta mañana hay poca gente en el tren.

Por lo general, montamos tantos en cada estación que es imposible no acabar rodeada de cuerpos sudorosos que apestan a tabaco y a desodorante barato, si tenemos suerte.

Pero hoy han empezado las vacaciones de agosto, así que el agobiante calor compensa el hecho de que la mayor parte de los madrileños estén camino de la playa.

Por supuesto, yo soy de las pringadas que se quedan para sufrir los estragos del sol de plomo fundido que azota la ciudad.

Me toca seguir levantándome a las seis de la mañana para ir a trabajar a la redacción de un periódico local. Me pagan una mierda y mis compañeros me aburren. El jefe no sabe hacer la O con un canuto y a mí me toca solucionar todas sus cagadas, y aguantar una bronca si no consigo hacerlo a la velocidad de la luz.

Se nota que el trabajo me encanta, ¿verdad? Pues resulta que tampoco me puedo quejar. En estos tiempos, soy de las privilegiadas que aún cobran una nómina, aunque tenga muchos menos ceros de los que me gustaría.

Oigo un pitido a través de los auriculares que llevo puestos. ¿La batería se me va a acabar? ¿De qué va este trasto? Miro la pantalla y observo el icono que palpita sobre la barra de batería. Mierda, es verdad. Anoche se me olvidó cargarlo.

Me toca quedarme sin música y sin WhatsApp hasta que pueda conectarlo en el trabajo. Justo lo que necesitaba. Con lo aburridos que son estos trayectos de tren.

Suspiro y apoyo la cabeza en la mano. Veo mi reflejo en el cristal del vagón contra la imagen que me transmite la ciudad. No estoy nada mal. Tengo 27 años y, aunque no tengo pinta de modelo, si me arreglo y miro de la forma adecuada puedo competir con cualquiera.

Llevo el pelo teñido de rojo desde hace tiempo, con un flequillo recto que me hace parecer una niña buena. Lo mejor, dicen, son mis ojos. Aunque soy española por los cuatro costados, los tengo de un verde azulado muy llamativo. A la gente le gustan mucho, y lo cierto es que a mí también.

Me miro durante unas cuantas paradas hasta que sube al tren un tipo que me obliga a darme la vuelta. Le oigo antes de verlo, pero por su voz sé que me va a gustar. La tiene grave, pero sabe modularla para transmitir autoridad.

Está hablando por teléfono con alguien que le ha cabreado. No puedo evitar cotillear mientras le echo un vistazo.

No esperaba para nada que fuese tan joven, ni tan atractivo.

Debe de medir un metro ochenta y pico y tiene los hombros anchos, pero el traje hecho a

medida le entalla la cintura de manera que parece más esbelto.

Lleva una camisa blanca y una corbata rosa claro bajo la chaqueta gris. A pesar del calor que hace fuera, no parece sudar.

Tiene la nariz recta y la mandíbula bien cincelada, y los ojos castaños. Lleva el pelo a la moda, con los lados recortados y el centro peinado hacia atrás.

En las manos porta un maletín de piel de los buenos, prácticamente nuevo, y los zapatos deben de costar dos o tres veces mi sueldo. Es un niño rico y está enfadado, y me llama la atención de inmediato.

—¿A ti te parece normal que el coche haya vuelto a fallar a las dos semanas? ¿Se puede saber a dónde lo enviaste?

Las puertas se cierran tras él y el tren continúa. El hombre no mira a nadie. Sus cejas se curvan y sus labios se tensan. Oigo el bisbiseo al otro lado de la línea, pero no logro entender qué dice

—Pues te han timado —prosigue—. En ese taller son unos vagos o unos caraduras, porque me ha dejado tirado en las afueras y tengo una reunión en media hora. He tenido que coger el tren, porque no había ni taxis. ¿Sabes el calor que hace?

Más bisbiseo. El hombre aprieta la mandíbula. Deja el maletín en el suelo y se ajusta la corbata. Su mirada pasa sobre los asientos (sobre mí) y mi corazón se acelera.

¿Se ha dado cuenta de que le estoy observando? No es que me importe, por otro lado. Quizá, en el fondo, quiero que lo sepa.

—Bueno, pues más te vale que el taller al que lo mandes haga su puto trabajo, porque si no, no pienso pagaros ni a los mecánicos ni a ti, ¿me has oído? —increpa.

Más murmullos. Veo la satisfacción en su cara. Es la expresión de alguien que ha conseguido imponer su autoridad de tal modo que infunde temor en otros. Quienquiera que esté al otro lado del teléfono se ha meado encima.

Sonrío y me muerdo el labio inferior. Su mirada vuelve a pasarme por encima y esta vez le miro a los ojos. El contacto dura un par de segundos antes de que se rompa. Se vuelve a alejar de mí.

Se despide con brevedad y cuelga. Aprovecha para mirar su teléfono un poco más. Le veo toquetearlo y sonreír. Seguro que ha visto un mensaje que le ha gustado.

Yo sonrío, también. Me gustaría acercarme para ofrecerle mi teléfono, pero sé que pasaría de mí. Un hombre como ese, vestido así, no se fijaría en una “plebeya” como yo ni en un millón de años.

Aunque desnudos seríamos iguales, me temo que la primera impresión pesaría demasiado. Es un niño rico narcisista, lo sé. Y yo soy una becaria que no cobra ni mil euros y compra la ropa en Zara.

Pero una mujer puede “soñar”, supongo.

Le miro hasta que él levanta la vista al escuchar el aviso de la siguiente estación. Se guarda el móvil en el bolsillo, recoge su maletín y se gira para salir. Tiene un buen culo. Me recreo el rato que me lo permite.

Las puertas se abren —yo me fijo en la estación, pero sé que nunca nos volveremos a encontrar— y él da un paso al frente para salir. Entra una señora mayor y se choca con él sin querer.

El hombre se pierde en la estación. En el suelo se le ha caído el móvil. Yo, que estoy vigilante y atenta, salto para recogerlo y entregárselo. Quizá, si tiene la oportunidad de agradecerme algo, podamos entablar una conversación.

Pero él se ha marchado lejos y hay mucho ruido en la estación. Las puertas pitan y avisan de que van a cerrarse. Aún tengo el móvil en la mano cuando lo hacen.

Miro a mi alrededor. Nadie se ha dado cuenta de lo que ha pasado, así que me vuelvo a mi asiento y desbloqueo su móvil para hurgar en su interior.

Una buena samaritana buscaría su número más llamado —o su última llamada, que debe de ser de su asistente y que agradecería que se lo devolviera para poder hacer puntos con su jefe—, y eso es lo que voy a hacer.

Pero primero voy a cotillear un poco. Quiero ver qué es lo que le ha hecho sonreír.

Cuando reviso sus aplicaciones en funcionamiento, veo que la última que ha utilizado es WhatsApp. Hay alguien llamado "Jess Fiesta" que le ha mandado una imagen de lo más interesante.

Es una fotografía con filtro blanco y negro en la que una mujer desnuda cuyo rostro queda oculto por el encuadre muestra orgullosa a la cámara las ataduras de sus piernas.

Sé de esto lo suficiente para darme cuenta de que se ha atado a sí misma. Va acompañada de un mensaje que dice: *"Así estoy tan temprano, y tú tan lejos"*.

Siento celos inmediatos. La tía tiene buen cuerpo, pero nada yo no tengo nada que envidiarle, a decir verdad.

Bueno, sí. El hecho de que pueda quedarse en casa a las ocho de la mañana para practicar auto-bondage mientras yo ejerzo mi masoquismo desde la redacción mugrienta del periódico.

Mi jefe es un amo mucho menos atractivo y nunca respeta las reglas, y para mí no hay liberación sino amargura.

Querría estar en el puesto de Jess Fiesta. Necesito saber más sobre este hombre.

La conversación anterior me permite hacerme a la idea de que se conocieron en una reunión BDSM en Berlín. Parece que se han visto un par de veces y que se dedican a pasarse fotos de experimentos y hazañas, y a hablar de lo que les gustaría hacerse mutuamente. Me muerdo el labio.

Echo un vistazo a su galería de fotos. Está claro de qué pie cojea. Le veo en ropa interior, luciendo palmito. En reuniones en mazmorras vete a saber dónde, con un antifaz y ropa de cuero, y una fusta que enarbola con actitud dominante. Le veo sentado en una silla mientras una chica le besa los pies.

También hay vídeos.

Quito los auriculares de mi móvil y se los pongo a este. Me encojo sobre mí misma para que nadie mire y veo uno de ellos. Está grabando en primera persona una sesión de azotes.

La chica sobre sus rodillas tiene el culo rojo e hinchado, y pide más a gritos. Él le agarra una nalga con una mano enorme. Sus dedos se hunden en la carne inflamada, blanco sobre rojo.

Quiero estar ahí. Quiero gritar esos gritos. Quiero que me toque de esa manera y que me sostenga entre sus brazos como un dios todopoderoso.

No puedo evitarlo. Aprieto los muslos sin darme cuenta y me muero el labio. Me he hundido en mi asiento. Miro a mi alrededor.

Ninguno de los otros pasajeros se imagina lo que estoy viendo a escasos metros de ellos. Se me ha quedado seca la boca. Intento tragar saliva, pero no tengo. Paso al siguiente vídeo.

En algunos no aparece él. Son otras personas haciendo otras cosas. Suspensiones, shibari, demostraciones de todo tipo. Azotes, varas, látigos, floggers.

El móvil de este tío parece una enciclopedia multimedia del BDSM. En su WhatsApp hay otros contactos con códigos parecidos. No hay nombres completos, sólo apodos o referencias a los lugares donde se conocieron.

Las conversaciones abrasan de lujuria y deseo. Quiero ser una de ellas. Quiero conocer a este tío. Sé que yo podría darle lo que necesita, y él a mí. Aún no lo sabe, pero somos almas gemelas.

Tengo que saber más. Tengo que encontrarle.

Cuando levanto la mirada, hace tiempo que me he pasado mi estación.

Corro a bajar antes de que sea demasiado tarde. Tengo que dar media vuelta y probablemente llegue tarde a trabajar.

Las rodillas me tiemblan y noto mi piel como electrificada. Hace mucho calor, pero yo tengo un fuego dentro de mi vientre que apenas me deja sentirlo.

Voy a averiguar quién es. Voy a verle.

* * * *

Llego diez minutos tarde a mi escritorio y el jefe me deja caer que si vuelvo a hacerlo acabará amonestándome.

Me quitará parte del sueldo. Tampoco es que me pague mucho, por otro lado. Quizá me haga elegir entre comer algo más que arroz y pasta durante un mes o pagar la factura del aire acondicionado.

Hijo de puta.

El enfado me dura poco. Tengo que redactar varias noticias y subirlas a la página web. Abro el navegador y me pongo a ello, pero mis ojos pasan enseguida de centrarse en lo que escribo al móvil que reposa sobre mi escritorio.

Dejo escapar un suspiro. Lo desbloqueo una vez más y lo miro.

Quiero echarle otro vistazo a la fotografía en la que el hombre del tren aparece vestido con un arnés de cuero para imaginarme que le sujeto por la argolla para acercármelo, pero mi compañera de mesa se dirige a mí y me arruina la fiesta.

—¿Tienes las fotos de la manifestación del sábado pasado? Necesito revisarlas para un artículo sobre...

—Están en el servidor —respondo con voz ahogada.

—¿Sí? No las he visto...

—Están en la carpeta. En la carpeta de siempre. ¿Cómo no las vas a ver? Búscalas.

Me sale un tono de lo más borde y mi compañera lo acusa con una mueca.

—Bueno, tampoco te pongas así, ¿eh? Madre mía, qué mala leche traes hoy.

Me da igual lo que piense de mí. Cuando tengo un objetivo y algo se me mete en la cabeza, todo lo demás deja de importar. Es algo que me suelen reprochar y que en el pasado me ha dado problemas, pero no puedo evitarlo.

Puedo intentar contenerme para hacer mis tareas de hoy lo más rápido posible antes de abandonarme a mi obsesión, pero tener el móvil tan cerca y no poder repasar sus secretos es más duro de lo que se imaginan los que me han echado en cara mi pequeño problema.

Acabo con las noticias y los envíos de los que no puedo escaquearme. Ya es media mañana. A esta hora suelo salir a tomar café con mis compañeros, pero hoy no va a ser así.

Tomo el móvil y voy al baño. Es unisex y lo compartimos con la oficina de al lado. Tiene una fila de cubículos muy larga, casi tanto como los lavabos y los espejos, y huele fuerte a lejía. No es el escenario ideal para dar rienda suelta a mis fantasías, pero tendrá que servir por el momento.

Me encierro en un cubículo y me siento en la tapa. Me he traído los auriculares para poder ver los vídeos con tranquilidad.

Ahora que nadie me ve, puedo ponerme cómoda y disfrutar. Esto de hurgar en los entresijos de la intimidad de alguien me da un subidón incomparable.

Sé que está mal.

J*did@-mente Erótica

BDSM: Belén, Dominación, Sumisión y Marcos el Millonario

— Romance Oscuro y Erótica —

Ah, y...

¿has dejado ya una Review para este libro?

Gracias